

Fugas de tinta

2

Historias escritas en cautiverio



Ministra de Cultura

Mariana Garcés Córdoba

Viceministra de Cultura

María Claudia López

Secretario General

Enzo Rafael Ariza

Directora de Artes

Guiomar Acevedo Gómez

Coordinadora de RENATA

Patricia Miranda

Directora Biblioteca Nacional

Ana Roda Fornaguera

Subdirectora Biblioteca Nacional

Beatriz Helena Robledo

Coordinadora Grupo de Bibliotecas Públicas

Jeimy Hernández

Equipo de Bibliotecas Públicas

Óscar Bernal, José Ignacio Caro, Miguel Ángel Clavijo, Fanny Cuesta, Ismenia León, Liz Adriana Martínez, Amanda Millán, Piedad Ortiz y Luis Eduardo Ruiz

Coordinador de Libertad Bajo Palabra

José Zuleta

Director General INPEC

CR. Carlos Alberto Barragán Galindo

Subdirector General INPEC

CR. Edgar Humberto Gracia Valdés

Subdirección de Reinserción Social

Rosmira Candanosa

Coordinadora Programa Biblioterapia

Sandra Patricia Lizarazo Medina

Fugas de tinta 2

Primera edición: septiembre 2010

© Ministerio de Cultura, República de Colombia

© RENATA, Red Nacional de Talleres de Escritura Creativa

© Tragaluz editores S.A.

Calle 6 Sur #43A-200, Edificio Lugo, Of. 1108, Medellín

Telefax 312 02 95 · www.tragaluzeditores.com

© Derechos reservados para los autores

ISBN 978-958-8562-19-3

Compiladores: José Zuleta y Harold Kremer

Edición y diseño: Tragaluz editores S.A.

Impresión y acabados: Artes y letras S.A.S.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización de los editores y de los propietarios del copyright.

Impreso en Medellín - Colombia · *Printend in Colombia*

Fugas de tinta

2

Historias escritas en cautiverio

Contenido

- 5 **Presentación**
- 9 **Buen Pastor de Cali**
- 11 *Un hombre perfecto*
- 43 *Los recuerdos de mi vida son
incertidumbres y preguntas*
- 65 **Bucaramanga**
- 67 *Manatíes pachangueros*
- 69 *Propiedades de un Arracacho*
- 73 *Nerón, nueva criatura*
- 75 *La perrada de Marcos*
- 77 **Barranquilla**
- 79 *Cuando llora un guerrero*
- 88 *Eco*
- 89 *Golpe*
- 90 *El hilo*
- 91 **Sincelejo**
- 93 *Condena*
- 94 *Día de playa*
- 96 *La raqueta*
- 97 *El barco*
- 99 *Oda a mi abogado*

101

Buenaventura

103 *Un casi loco entre nosotros*

107 *El muchacho rebelde*

109 *El embrujo*

111 *Vida a través del espejo*

115

Medellín

117 *La capacidad del hombre para engañar al hombre*

123 *Una piedra de tropiezo*

127

Colonia Agrícola de Acacias

129 *La perdí*

131

Peñas Blancas, Calarcá

133 *El fantasma de mi abuelo*

136 *Apasionado por el fútbol*

138 *Por la curiosidad*

140 *Cómo es ser hija de puta*

143 *El dragón de las siete cabezas*

146 *Por un amigo*

152 *Relato de vida*

Presentación

Para llegar a la biblioteca hay que traspasar siete puertas de hierro, superar tres controles y dejar el teléfono celular, la billetera y las llaves en una garita. Luego, someterse a dos requisas. Finalmente, esperar a que la guardia busque en cada patio a “las de Libertad Bajo Palabra”. Poco a poco van apareciendo con su cuaderno en la mano, sujeto contra el pecho como si allí se guardara el secreto que descifra sus vidas. El lapicero ajustando la moña que recoge el cabello y los ojos iluminados por la clara determinación de contar.

Entonces nos reunimos en círculo. Algunas dicen que leer lo que escriben les da más susto que enfrentarse al fiscal que las acusa. En el ambiente hay tensión, timidez, desenfado y alivio. Comenzamos, una de ellas lee: “Las figurillas de muchos cigarrillos parecen distraernos las penas. La frase: ‘Señor, señor, no te olvides de mí’, se repite como una oración. Ya me cansé de las historias ajenas, si cerrara mis ojos podría adivinar sus nombres con tan solo escuchar sus suspiros. Esta es mi historia...”.

Después otra de ellas lee: “Estas manos que escriben con letra de niña han robado, han dado caricias, han segado, han bendecido y han acunado tres hijos, tiemblan cuando escribo, son firmes cuando actúo...”.

Desde el año 2005, he tenido el privilegio de crear y dirigir el programa Libertad Bajo Palabra, que hoy realizamos con RENATA en 17 cárceles de Colombia.

Nunca me ha sido tan fácil explicar a un auditorio que la buena literatura es aquella en la cual los personajes son complejos, esto es que no se dividen entre malos y buenos, y que por el contrario la literatura acoge todo lo que somos: nuestra ambigüedad y nuestras contradicciones, las zonas luminosas y las más oscuras, la compleja artimaña que somos todos. Explicar que la literatura trasciende lo moral y lo ideológico, que indaga sin prejuicio alguno y que en ella es posible y es acogido todo ser y toda historia, es algo claro y estimulante para este atento y especial auditorio.

Bajo esas simples premisas, las mujeres de mi taller han manuscrito cientos de cuadernos y en ellos han dejado historias inauditas, de una fuerza y verdad conmovedoras. Algunas de esas historias han alcanzado la calle antes que sus autoras y son leídas hoy en muchos rincones del país y el extranjero. Permitir que desde la literatura puedan indagar y pensar sus vidas, hacer posible que la lectura sea un apoyo para su reflexión y para la afirmación de sus vidas en medio de la adversidad, y lograr que ese vínculo con la literatura sea poderoso y las anime a vindicarse más allá de toda circunstancia, son unas de las mayores satisfacciones de esta experiencia.

Como coordinador del programa visito con frecuencia otros talleres en distintas ciudades; desde Barranquilla hasta Tumaco. Allí, otros escritores vinculados al programa trabajan con reclusos y reclusas que desean escribir. Conversamos sobre sus vivencias y coincidimos en que para nosotros (los que conducimos los talleres) es una experiencia riquísima. El contacto con esta otra cara del país nos enriquece y ayuda a conocer y comprender la complejidad de nuestra nación.

Nos complace compartir los textos de nuestros aplicados escritores cautivos. En ellos admiramos la capacidad que tienen para confrontarse, para buscar caminos que les permitan comprender y comprenderse. Admiramos su osadía, su imaginación y, sobre todo, su coraje.

En Buenaventura, un prisionero escribió: “Hoy fui al espejo y le pregunté: ¿usted quién es? Y él respondió: yo soy usted, escriba”.

JOSÉ ZULETA ORTIZ



Fugas
de tinta

2

Buen Pastor de Cali

DIRECTOR DE TALLER: JOSÉ ZULETA ORTIZ

Un hombre perfecto

NUBIA ESTELA BUSTOS

(Se acerca la noche y las mujeres se alistan para la “contada”: es la rutina de todos los días. Nora y Zoraya se encuentran).

N. ¿Qué hora es?

Z. Van siendo las 5 y 30 de la tarde.

N. Hummm..., ya nos van a encerrar... ¿qué hablaste con tu amigo?, ¿lo llamaste?

Z. Claro, amiga, y si te contara: es que ese pelao hace días me mira y me mira... y a mí no me disgusta. ¡Es que está muy lindo!

N. ¿Y qué, cómo es él, qué te dice?

Z. A ver, él es alto, trigueño, acuerpado, pero tiene cara de niño lindo, ¡para qué, pero es que ese tipo está bueno!

N. Pero, ¿qué has hablado con él?

Z. Él dice que yo le gusto mucho, que lo traigo loco, que no sabe qué hacer.

N. Sabes qué creo yo, que es solo pasión, porque él puede tener a la que quiera en la calle... lo que pasa es que le llamaste la atención mucho y quiere vivir esa fantasía de estar con alguna mujer de la cárcel, y claro, te vio, se flechó y vénganos en tu reino. ¿No será así?

(En esta conversación se encontraban Nora y Zoraya, cuando llegaron los guardias a contarlas. Como siempre las

llamaron a lista, una a una. Terminada la contada retomaron la charla, pero Nora recordó a un “amigo” que tuvo durante un tiempo, un hombre que reunía más o menos las características del amigo de Zoraya).

N. ¿Sabes de qué me acuerdo?

Z. ¿De qué?

N. De Pedro.

Z. Y, ¿por qué, nena?

N. Porque él era muy lindo y muy apasionado, tenía una sonrisa súper linda, los dientes bien blancos y ¿sabes qué me fascinaba de él?

Z. ¿Qué?

N. Cuando se quedaba sin camisa.

Z. ¿Y eso por qué?

N. Porque él no era gordo sino bien delgado. Entonces, el pantalón se le veía caidito a la cadera, se le alcanzaba a ver un poco el bóxer y eso me parecía atractivo.

Z. ¿Cómo? ¿Con los pantalones descolgados?

N. No, cómo se le ocurre, bien puestecitos, pero se veía sexy, además de que tenía un color de piel trigueña muy bonita.

Z. Hummm..., mijá, pero se emociona hablando de él, ¿no...?

N. Ay, sí, es que él fue muy lindo conmigo, además de que era lindo físicamente y muy pulcro, era muy detallista, muy cariñoso.

Z. Y, entonces, ¿qué pasó con él?

N. Si usted viera, yo creo que de las relaciones que he tenido, él ha sido lo más parecido al hombre perfecto.

Z. ¿De verdad?

N. Sí, espere y le cuento la historia. Resulta que a Pedro lo conocía de vista, hacía muchos años, aunque no nos hablábamos. Hace más o menos doce años, yo me mantenía en el negocio de la mamá, que queda en la bajadita. Esa es

una esquina en la que venden fritanga, muy rica por cierto y tienen mucha clientela. Además, también allí hay una cantina. Entonces uno llegaba a esa esquina a comer y escuchar música. Para ese entonces yo era novia de John Jairo y nos manteníamos reunidos allí con los muchachos: Felipe, Víctor, Eduardo y Julio. Recuerdo que cuando terminé con John la mamá de él y las hermanas nos animaban para que volviéramos. Todos los fines de semana nos reuníamos allí, aún después de terminar con John. Ese era nuestro punto de encuentro.

Z. Sí, pero... ¿y Pedro?

N. Para esa época yo no trataba con él pero lo distinguía. Siete años después, por cosas de la vida yo iba caminando con Nury, por la Escuela Veintiuno de Septiembre, cuando iba saliendo él por la bajadita y empezó a coquearme, pero yo no le hice mucho caso. En cambio Nury sí. Recuerdo mucho que iba con una camiseta roja, un llavero en la mano y una gorra roja que le resaltaba mucho la piel y la sonrisa pícara que nunca le faltaba. Días después me mandó a llamar Nury, que vivía en la otra cuadra, para que charláramos. Entonces, me fui para donde ella.

N. Quiubo, hija, ¿y usted qué?

Nu. Aquí, alistando a Giovanni que va para la escuela.

N. ¿Y qué mujer, qué me cuenta de nuevo?

Nu. ¿A que no te imaginas con quién estoy saliendo?

N. Ni idea, ¿con quién?

Nu. ¡Con Pedro!

(Me quedé fría al escucharla. Entré al cuarto y me senté en la cama de los niños, callada, con rabia. Ella sabía que él se había fijado en mí. Nury es una mujer de mi edad, tiene cara muy bonita, el cabello es lacio negro, pero ella es talla 16, o sea gordita).

N. Cómo así, ¿y tú marido qué?

Nu. Nada, ni se imagina, además él ya me lo ha hecho a mí también.

N. ¿Y no te da miedo?

Nu. No, porque él se mantiene trabajando.

(El caso es que en ese momento quedé desilusionada de mi amiga, la gran amiga a la que le había contado muchísimas cosas).

Z. ¿O sea que tu amiga sí aprovechó y se cuadró al papacito?

N. Pues sí, pero de esas cosas raras que pasan en la vida: a Pedro le dieron un trabajo enfrente de mi casa. Allí él tenía que administrar un *jibarcadero*. Al principio yo no hablaba con él, además me acordaba que estaba saliendo con Nury y eso me daba rabia. Pero era inevitable verlo y que él me buscara conversa. Pasaron varios días y poco a poco empezamos a charlar, yo ya no salía mucho por la noche para poder hablar con él. Me atraía mucho la mirada y la sonrisa que me brindaba cuando hablábamos y, así, de a poco, nos fuimos acercando, ya que él tenía una sutil manera de conquistarme, sin acosarme, cosa que me aterraba, pero él me respetaba mucho porque decía que yo era muy seria.

Z. Uy, tan bacano, amiga.

N. Una vez me dio mucha rabia porque llegó Nury, que nunca iba a mi casa porque el marido no la dejaba, y eso que llevábamos muchos años de amistad, pero ese día, ¡que sorpresa!, Nury en mi casa, y qué era: que quería ver a mi Pedro, que hacía días no hablaba con ella y me contó lo maravilloso que era, lo amplio y detallista y yo con mi rabia. Pero con rabia y todo lo tuve que ir a llamar para que hablara con ella y, sin más, se fueron y se encerraron en el negocio. Ya por la noche salió ella y se fue para mi casa a contarme lo buen amante que era, en fin. Después unos amigos la invitaron a bailar y se fue con ellos, y en esa rumba Nury

también se acostó con otro amigo mío, pero yo no le conté eso a Pedro.

Z. No, hija, qué amiga.

N. Después de ese día yo nunca más volví a ver a Nury en esa casa. Él decía que ella era muy chévere, muy loca, pero no me hablaba de que sintiera amor por ella, era más bien deseo. Ella siempre se jacta de ser todera en la cama. Pedro sí me llegó a hablar del mucho amor que sentía por su esposa, la mamá de sus dos hijos, que se me hacía raro porque nunca iba donde él trabajaba. Supe por boca de otras personas que ella era tremenda, que lo traicionaba, que era coqueta, no sé, la verdad yo no la conocía. Él sí me contó que habían estado separados pero no más. Hablábamos muy poco de ella. En nuestras charlas nocturnas conversábamos muchas cosas, menos de ella, además porque me dio mucha tristeza saber que era casado, fue un balde de agua fría para mí.

Z. Sí... ¿no...?, qué pesar.

N. Sí, hasta que llegó un día en que estábamos sentados en el andén que hay entre las dos casas. Las dos casas quedan en un callejón muy angosto, entre frente y frente hay metro y medio de separación, y entre los dos, un muro. Allí estábamos sentados conversando muy amablemente y yo cada vez más atraída. Recuerdo que él estaba muy juntito a mí, hablando muy chévere. Recuerdo que una de las cosas de las que hablábamos era del amor y la virginidad, y que él fue la primera y única persona que le conté cómo y a qué edad perdí mi virginidad. De ese tamaño era la confianza que me inspiraba, con él no tenía tapujos al hablar. Ese día él se veía muy conmovido con mi historia y se mostró muy cariñoso y comprensivo, a la vez que me regalaba esa mirada tierna y brillante que me hacía sentir segura y desinhibida. Y fue allí, cuando subí mi cara y lo miré a los ojos, que le di un beso tierno en la boca.

Z. Hummm..., hija, icasí no le da algo al tipo, no!

N. Uy, sí. En ese instante él me miraba muy sorprendido, más bien alterado porque aunque yo le gustaba él no intentaba nada, porque temía que yo lo rechazara, pero aún así su mirada seguía siendo la más cálida y tierna. Después del suave beso, nos quedamos mudos, mirándonos fijamente, y así, de esa manera, comenzó una relación muy intensa y muy bonita...

Z. Hasta ahí todo muy bonito, pero ¿qué pasó después, por qué terminó todo?

(Nora tenía aún mucho tiempo para terminar de contar lo que venía de trágico con su historia, ya que en la cárcel las encierran muy temprano y les queda mucho tiempo sin hacer nada).

N. Después de ese primer beso, Pedro llegaba todos los días a las 8 en punto de la mañana. Lo primero que hacía era ir a saludarme, a ver cómo había amanecido, me llevaba algo para el desayuno y luego entraba a su negocio. Esa casa era en ladrillo limpio, las paredes internas envejecidas, con una ventana pequeña enfrente, unos vidrios polarizados y otras ventanas laterales en los cuartos que daban vista al río. Contaba con la sala, dos habitaciones y un baño. El cuarto del fondo tenía una puerta que daba salida al río. Cuánto hubiera dado porque esa puerta no existiera.

Z. ¿Por qué? ¿Qué pasó con esa puerta?

N. Porque tal vez así no hubiera tenido salida Pipe. Espere le cuento todo. Cuando Pedro llegaba a trabajar, yo también me dedicaba a cumplir con mis labores, hasta la hora del almuerzo. Allí nos volvíamos a ver unos minutos porque yo salía donde mi mamá y él salía a recibir el almuerzo que le mandaban. Nos entrábamos después cada uno a hacer lo suyo. En un principio los días eran así, pero después él se dio cuenta que a mí me tocaba trabajar muy duro

y sola. Yo trabajaba vendiendo *bareta* y *bazuco*. Entonces, él llegaba, organizaba sus cosas y luego iba a mi casa a ayudarme. Yo le decía que no, que tranquilo, que hiciera lo suyo que yo podía sola, pero él no me dejaba, me decía que él estaba allí para ayudarme, que lo dejara. Lo que pasó es que antes, conmigo, vivía mi hermana y los hijos, y era ella la que trabajaba y yo le ayudaba, pero luego el esposo de ella la mandó a conseguir un apartamento para que se fuera de ese hueco. Eso hizo ella y quedé yo, sola en la casa. Entonces, trabajaba un poquito para mí. El esposo de mi hermana la acosó mucho para que se fuera porque, por esos días, un poco antes de la llegada de Pedro al callejón, habíamos hecho una reunión familiar para celebrar el cumpleaños de mi hermana. Recuerdo que ese día estábamos muy contentos hasta un poco más de la media noche. Esa noche pasaron muchas cosas. Primero se fue la energía y cuando llegaron los mariachis, era muy tarde; casi no llegan porque estaban perdidos por la oscuridad. De casualidad la prima de mis sobrinos estaba en la quinta y al verlos, supuso que eran los que iban para la casa y los llevó. Cuando llegaron teníamos el problema de la energía y, entonces, tocó improvisar una planta eléctrica para que pudieran tocar. Estábamos todos en la recocha con los mariachis, cantando a todo pulmón como siempre, y cuando estaban cantando *El aventurero*, mi sobrino Luis hizo unos tiros al aire, con un revólver hechizo que un amigo le había dado a guardar. Al tiempo que celebrábamos, en las noticias anunciaban de última hora la muerte de monseñor Cancino, que había sido asesinado en Aguablanca y, para rematar la noche, llegó la novia de mi sobrino Luis y lo encontró con otra muchacha. Ellas dos se agarraron del pelo, se arañaron y se golpearon. Después de un rato lograron separarlas y, luego, llegó la policía a ver qué había sucedido. Mi sobrino se fue con la nueva novia a

la casa de ella que queda enfrente y, aparentemente, todo estaba calmado, y siguió la fiesta, hasta que llegó Nando y empezó a cobrarle una plata al esposo de mi sobrina Diana. Ellos empezaron a discutir y cuando la hermana de Diana vio que estaban alegando, se fue dizque a defender al Mono, el marido de Diana. Entonces, Nando, cuando vio que Zory le tiró a la cara, la empujó. El novio de Zory vio esto y entró corriendo y sacó el revólver con el que Luis había hecho los tiros antes y le disparó a Nando. Él quedó herido y lo tuvieron que llevar de urgencias.

Z. Y ese muchacho, ¿se murió?

N. No, él no murió allí, pero a partir de ese día todo se convirtió en tragedia. Una muchacha que estaba en la terraza, enseguida de la casa de mi hermana, afirmó que Luis le había prestado el arma al novio de Zory, cosa que era mentira. Pero como ese Nando pertenecía a una banda de sicarios, ellos le creyeron a ella y decidieron cobrarle a mi sobrino Luis “los daños y perjuicios” ocasionados en la noche del cumpleaños. Y al otro día llegaron los tipos buscándolo, para que pagara los gastos médicos del herido, que parecía estaba de muerte. Según ellos, mi sobrino debía responder porque él había prestado el arma. Los primeros días, Luis tuvo que conseguir plata para pagarles con tal de que no lo mataran. Él les dio plata la primera semana, la segunda tuvo que vender sus cosas, quedarse sin nada y, además, tenía la zozobra de que lo mataran. Cuando no tenía más plata para darles, fue el *Patrón* de ellos a amenazarlo: o pagaba o lo mataban. Luis vendió lo último que le quedaba, un equipo de sonido. Pero ahí no terminó todo, porque tuvo que irse lejos de la casa, junto con Zory y el novio de ella porque los iban a matar.

Z. ¿Y qué pasó?

N. Pues al Patrón le tocó irse de la ciudad a cumplir

con sus “trabajos”. Y ya sin el Patrón cerca, todo parecía en calma. Con mi familia íbamos a visitarlos y les advertíamos que no vinieran a la casa. Todo estuvo tranquilo por un tiempo. A raíz de este problema, mi sobrino que era muy grosero y altanero con nosotras, cambió muchísimo y hasta nos pidió disculpas. Yo también me olvidé de mis problemas con Luis, que por cierto no le había vuelto hablar, pero bueno, nos reconciamos entre la familia y todo quedó en calma por un tiempo. Después de este problema fue que Pedro llegó a mi casa y se convirtió en mi mano derecha, mi amigo, mi protector. En el día trabajábamos y después de las seis salíamos a conversar. A veces me pedía que entrara a su casa pero yo me negaba. Además, me daba pena con la gente vecina. Todo continuaba normalmente, poco a poco nos fuimos compenetrando más, compartíamos más tiempo, ya no eran solo ratitos, yo compartía todo con él, menos la cama. Hablábamos mucho, él me contaba secretos, yo los míos, le conté entre muchas cosas, que aún me gustaba Diego, un hombre que vacilaba conmigo tiempo atrás. Para mí era muy bello y físicamente me gustaba mucho, era algo puramente físico. Él como siempre me escuchaba, pero no me juzgaba, ni se enojaba. Si yo le contara eso a mi actual pareja, mínimo me echa, pero él no, jamás, él era un amigo de verdad, y hasta me decía que lo buscara, que intentara hablar con él. Pedro hacía eso porque sabía que tenía su esposa y no podía ofrecerme una relación estable. Lógico que él no me lo decía, pero yo lo deducía de esa manera.

Z. ¿Y qué hiciste?

N. Recuerdo que un día estábamos enrumbados en la esquina y Diego me buscó para que le hiciera un favor. Entonces fuimos a mi casa y como no teníamos la llave, me tocó entrar por la ventana y él estaba viendo. Al otro día me dijo que lo había visto y me dijo que yo tan boba, que por

qué no le había pedido la llave de la casa de él. Así era Pedro, pero yo no hubiera sido capaz de hacer eso, y tampoco le volví a nombrar a Diego y él tampoco me volvió a hablar de Nury. Los días eran cada vez más complejos para los dos. Yo escuchaba todas las mañanas cuando él llegaba porque sonaban las llaves al abrir la puerta. Luego iba, me saludaba, yo hacía mi oficio y luego entraba a la casa de él. Y poco a poco fuimos perdiendo la pena. A veces él me ayudaba en mi casa o s no llevaba mi trabajo a la de él, y trabajábamos lo de los dos. Cuando le traían el almuerzo, él lo compartía conmigo, aún sabiendo que yo tenía el mío, y si veía que era tarde y yo no había ido a mi casa a almorzar se preocupaba e inmediatamente enviaba a comprar almuerzo para mí. A las cuatro o cinco de la tarde, él se iba para su casa a bañarse y cambiars, mientras yo le ayudaba en el “negocio”. Cuando llegaba de 5 y 30 a 6, yo me iba a organizar. Salía por ahí a las 7 y él, lógico, ya me estaba esperando. A veces me daba como vergüenza tocar la puerta, pero podía más mi necesidad de estar con él, y si yo no salía rápido donde Pedro, él salía a buscarme. Entrábamos a la casa de él y esperaba a que llegara el que nos hacía los mandados. Entonces, lo mandaba a comprar la comida para los dos, aunque, igual, a él le mandaban de la casa.

Z. Tan lindo... ¿no?

N. Sí... es que él como que se tomó muy a pecho la responsabilidad conmigo. Pedro sabía que yo me rebuscaba la plata, que no me faltaba la comida, que como pobre no me faltaba nada, pero a pesar de que él tenía su familia, no se escatimaba nada conmigo. Yo no era ninguna patrona, ni tenía muchas entradas, pero sí para mi diario y el de mi hijo. El caso es que Pedro se preocupaba por mi alimentación, me obsequiaba cosas, me pagaba deudas, me daba cierto gusto. Cuando me invitaban a salir él me daba plata, dizque

para que no me fueran a “humillar” por un trago y que me divirtiera mucho ya que no podía hacerlo con él. Durante el tiempo que estuvimos juntos, nunca salimos a un sitio público, ni a discoteca, ni a bar, ni a cine y claro, con todos esos detalles, con ese cariño y confianza que me brindaba yo no quería despegarme de él. Él no era así conmigo porque tuviera un interés particular; yo siempre veía en su mirada brillante la sinceridad de su cariño. Uno de tantos días en la tarde, aún no habíamos terminado de trabajar, paramos un rato y empezamos a conversar mientras veíamos televisión. Yo me levanté de la silla y fui a cambiar el canal, cuando, de pronto, él se pegó por mi espalda, me abrazó y empezó a acariciarme muy apasionado. Yo sentía la corriente que recorría todo mi cuerpo y deseaba con fuerza que no se detuviera, pero el miedo a sufrir me hizo detenerlo. Pensé que se iba a enojar conmigo, pero no, me abrazó fuerte y me dijo que tranquila, que él no me quería por sexo, que si yo no quería estar con él, me lo respetaba, que lo disculpara.

Z. Ah... ¿y usted por qué hizo eso? Él te respetaba pero quería algo bueno.

N. La verdad sí, él nunca fue más allá de donde yo lo permitiera y muchos días siguieron así. Pedro y yo compartíamos muchas cosas en común, incluso amigos, en especial Pipe. Este muchacho había sido amigo de él, de toda la vida. Desde niños habían compartido muchas fechorías y ese mismo Pipe también hablaba conmigo. Yo sí lo conocía hacía poco pero la pegábamos bien. Incluso yo le gustaba a él: en una oportunidad me pidió que fuéramos novios y yo le di un beso porque por esos días no tenía a nadie. Pipe era especial conmigo, pero en fin, después de ese único beso no pasó nada, porque en realidad no me gustaba para novio. Lo besé tal vez por cortesía pero nada más. Un día estábamos Pedro y yo en la casa de él, en el “trabajo”, cuando silbaron.

Pedro corrió a abrir, él nunca le daba miedo abrir la puerta, lo digo por lo de la esposa. Y cuando abrió, era Pipe. Él no lo dejó entrar, pero desde la puerta Pipe me vio y noté en su expresión que no le gustó para nada verme allí. Luego Pedro me contó que le había hablado de mí. Y le conté que yo le gustaba a Pipe y que era seguro que se hubiera molestado. Muchas veces Pipe siguió yendo a hablar con Pedro, pero no entraba, y conmigo tampoco volvió a hablar. Y nosotros seguimos “nuestra amistad”, puerta adentro.

Z. ¿Pero no pasó nada?

N. Uno de tantos días en el trabajo, no pude resistirme más a sus besos y sus caricias. Me abrazó suavemente y poco a poco me dejé caer en sus brazos, fue muy delicado, pero también muy apasionado. Yo me sentía en las estrellas, no podía detenerlo más, de verdad que Pedro era el “hombre perfecto” en todo el sentido de la palabra, ahora no cabía duda alguna. Nunca olvidaré a un hombre tan ardiente, tan dulce. Nunca, mientras estuvimos juntos, fui capaz de volverme a negar a sus encantos. Lo que me mataba, me fascinaba y a la vez me causaba curiosidad, era la importancia que él le daba a que era yo quien debía disfrutar más de nuestro encuentro, más que su propio disfrute. “No se preocupe por nada, solo quiero, mami, que te sientas bien, yo no importo”, me decía. Y lógicamente yo hacía todo lo posible porque él también se sintiera muy bien.

Z. Uy, tan lindo, imagínate, y todo lo que esperó él. ¿Y cuánto duraron así?

N. Meses, todo marchaba súper bien, no discutíamos, solo compartíamos. Una vez sí recuerdo que hablamos de que Nury lo estaba llamando. Él me lo contó y, como es de suponerse, no me gustó mucho, pero no me veía en condiciones de reclamarle nada. Sin embargo, él me dijo que no tenía nada con ella y cogió el teléfono, le marcó, y me dijo

que le iba a decir lo nuestro. Yo nunca se lo había contado a Nury porque me daba pena con ella, pero él ni corto ni perezoso, la llamó. Y cuando le estaba diciendo, ella empezó a coquetearle. Luego le preguntó que con quién estaba y él sin más le dijo que conmigo. Yo me asusté y le hice señas de que no dijera nada más y él seguía empeñado en contarle. “Nury es que tengo que decirte que no me puedes volver a llamar porque estoy con...”, y yo le colgué el teléfono. El teléfono timbró y no lo dejé contestar. Ahí murió la historia con Nury, eso creo, porque pasábamos todo el día juntos y en la noche se iba a su casa. Él, aunque era muy joven, era un hombre de carácter, de esos que hacen que respeten a su mujer y dan la cara por ella donde sea. Lo demostró cuando no volvió a hablar con Nury, y una vez que me fui adonde mi papá. Allí estuve de un día para otro. Pedro me había dado plata para ir y que la pasara bien. Y cuando volví a mi casa no encontré el televisor. Pedro no estaba y yo creía que él lo había guardado, pero no. Alguien dijo que había visto que un muchacho lo había sacado de mi casa. Él, sin más, cogió una bicicleta y salió conmigo a buscar al tipo, pero no lo encontramos. Un conocido de él le dijo dónde lo podía encontrar. Pedro se fue para allá y lo enfrentó. Resulta que el tipo este, le vendió el televisor a una oficina de sicarios que mandan en un sector de la invasión. Pedro no lo pensó, fue y lo buscó, lo amenazó y se enfrentó con los tipos. Cuando yo me di cuenta fui y lo alcancé y le rogué que se olvidara de eso, que evitáramos problemas, igual esos tipos con arma en mano apoyaban al ladrón, y Pedro solo en ese momento no podía hacer nada. En fin, lo convencí y se fue conmigo a la casa. Estaba más abrumado él por lo del televisor que yo, me dijo que esperaba, que en cuanto tuviera plata me compraba uno.

Z. ¡Qué man tan bacán!

N. ¡Dígame, quién no se crece con un hombre así!

Siempre recordaré que me dijo: “si yo no fuera casado, serías mi esposa, no he conocido una mujer más valiosa...”. Igual yo también tenía claro mi lugar y nunca entraría a competir con la madre de sus hijos. Eso lo tenía bien claro. Un día ella fue a buscarlo por la noche, nos extrañamos mucho porque nunca iba a esa casa y no porque él se lo prohibiera. El caso fue que el día que arrimó, él estaba en mi casa viendo una película. Cuando escuchamos que tocaron la puerta de la casa de él, él no quería salir, pero al escuchar la insistencia, miró por la ventana que estaba entreabierta y, sí, se asustó, y me dijo: “es ella”. Y ¿yo qué hago? La puerta de mi casa estaba abierta, y lo único que pensé fue subir al segundo piso que estaba todo a oscuras. Hasta ahí todo iba bien, si no es porque la sapa de mi vecina le hizo señas y le dijo que estaba en mi casa. Ella misma se lo contó a Pedro después. Claro, ahí mismo entró a la casa cuando él iba bajando la escalera. Empezó a alegrarle pero él le dijo que era que allí le habían dado permiso para guardar una mercancía, y salieron. De principio, ella no creyó mucho, pero igual todo se calmó, todo volvió a la normalidad. Pasó mucho tiempo para que volviera y nosotros seguíamos igual, aunque a veces precavidos y llegamos al acuerdo de que si ella iba yo saldría por la fatídica puerta trasera. Igual, nunca tuve necesidad de hacerlo.

Z. ¿Todo quedó bien?

N. Sí, todo normal, tranquilo, hasta el día que le dio a mi sobrino por ir a mi casa y para colmo invitó a mi sobrina, los del problema de la fiesta. Yo estaba con Pedro en casa de él, cuando me dijo: “dígame a su sobrina que se vaya, que no se quede aquí”. Ese día como todos él se fue para su casa, incluso un poco más temprano. Yo me fui para mi casa y estábamos muy contentos, todos trabajando y cantando, la recocha, pues. Habían llegado mi hermana, mi

sobrino, la novia, los dos hijitos de mi hermana, dos amigos y yo. Estábamos contentos pero a la vez preocupados, pues como conté al principio ellos no podían ir al barrio porque los mataban. De pronto subió mi mamá corriendo (había una escalera en el frente de la casa) y dijo: “Luis, váyanse ya, mire que esos tipos andan por acá afuera, lo están buscando”. “Sí, mamita, ahora me voy”, dijo mi sobrino, pero él estaba engolosinado con la novia. Al rato volvió mi mamá. “Luis, váyase, esos tipos acabaron de entrar a mi casa a buscarlo, miraron por todos lados”. Pero el terco no hizo caso y mi mamá, en su desesperación, atravesó un armario en la puerta de la entrada del segundo piso. Estábamos todos en suspenso, cuando empezaron a sonar unas latas de un cerco que da al río y de nuevo mi mamá corriendo: “vean esos tipos se van a meter por el cerco”. Bajamos corriendo la escalera que daba al patio, Luis, la novia, Zory y yo, desesperados buscando por dónde salir. Minutos antes, Luis le contestó a mi mamá cuando le decía que se fuera: “mamita, no se azare que ahora viene un barco por mí, que me voy por el río”. Mi mamá le dijo que no se burlara, pero él no hizo caso. Cuando estábamos buscando por dónde salir y cómo esconder a mis sobrinos, aumentó el estruendo de los tipos tratando de entrar a la casa. En cuestión de segundos metimos a Zory debajo de una cama y Luis no halló otra opción que salir por el techo. A nosotras nos habían dicho que para matar a Luis lo iban a rodear, que uno iba a estar al frente, otro por el lado del río y otro por la esquina.

Z. ¿Qué susto? ¿Qué hicieron?

N. Cuando Luis subió al techo, el tipo que estaba en la orilla del río lo vio y corrió tras él, pero un minuto antes cuando estábamos buscando qué hacer, el tipo que estaba en el callejón abrió a pata la puerta de arriba. Era tal la fuerza que movió con las patadas el armario que había atravesado.

Mi hermana y los niños empezaron a gritar, pidiéndole que no les hicieran nada. El tipo pasó y llegando a la escalera del patio le disparó a un amigo que estaba con nosotros allí. El tiro se lo pegó a un lado de la nariz, y cuando vio que ni Zory ni Luis estaban, se devolvió. Mi sobrino, mientras tanto, corría por los techos hasta que llegó a una casa. Los tipos que lo tenían rodeado llegaron a la casa donde él se escondió. Mientras tanto yo iba saliendo del callejón cuando escuché los tiros. Todo era muy confuso, corríamos como ratas, buscándonos unos a otros para percatarnos de que estábamos bien. Todo en cuestión de segundos.

Z. Esta parte es muy dura, muy tenaz, yo escucho eso, me lo imagino y no sé, se siente horrible.

N. Cuando escuché los tiros me imaginé lo peor. A Zory la metieron a la casa de la tía paterna. Yo volteé a mirar a la esquina, cuando vi a los tipos que salían de la calle que da al río. Corrí hasta allá y casi me choco con uno de ellos, uno salió corriendo y otros dos se fueron en bicicleta. Y el famoso “Nando” estaba, el muy cobarde, observando todo desde la esquina. Como digo, todo en cuestión de segundos. Cuando los tipos huyeron ya iban sacando a Luis de la casa donde estaba escondido. Su cuerpo lo tendieron en la esquina. Me dolió mucho esa acción porque ellos eran amigos de mi sobrino, pero es de entender que a la gente le da miedo dar explicaciones a las autoridades. Junto con la otra novia de mi sobrino, lo recogimos de la esquina, rogando que no estuviera muerto. Mi sobrino era mono, alto, de cabello corto, era muy vanidoso, muy creído y de temperamento fuerte y se mantenía muy bien vestido con ropa de marca. Yo creo que eso fue lo que más motivó a que le hicieran esto, le tenían rabia, envidia porque según ellos era picado a patrón. Un vecino nos facilitó su taxi, lo llevamos al Seguro Social pero ya iba muerto. Al otro día llegó Pedro, se

mostró muy solidario conmigo, organizamos todo lo relacionado a las exequias de Luis. Zory no pudo asistir al entierro. Durante la velación nos contaron que mi sobrino rogó, se humilló pidiéndoles a los tipos que no lo mataran, pero estos desgraciados no tuvieron compasión, a pesar de que él les decía que lo hicieran por el niño, que él tenía un hijo, que lo hicieran por él, pero ni así. Gracias a Dios la dicha no les duró mucho. Pasó el funeral, mi sobrina y el novio se pudieron ir y todo trató de volver a la normalidad.

Z. ¿Pedro te acompañó?

N. Todo el tiempo, era el más cariñoso, atento, comprensivo, compasivo y solidario conmigo. A mí no me gustaba que mi familia me viera llorando. Entonces, me encerraba donde él a llorar. Él siempre me miraba callado y me abrazaba mientras me tranquilizaba. Pipe iba esporádicamente a hablar con Pedro, hablaban de vueltas y cosas así. Uno de esos días en que yo estaba tan mal, él me dijo que me iba a ayudar a tranquilizar, que me iba a quitar de la vista al que mató a mi sobrino, para que yo descansara. Nunca he estado de acuerdo con matar a nadie y de inmediato le dije que no, que se olvidara de esa idea, que yo no quería maldiciones para mi vida. Y seguimos nuestro romance cada día más intenso, más bonito, pero ahora con una tormenta encima porque después de la muerte de mi sobrino vinieron muchas cosas horribles que nos marcaron la vida para siempre. Pedro había pertenecido a un grupo que tenía un patrón en Cartago. Todos eran del barrio, Jaime, Rubén, Pipe, Pancho, Rolando y estaban ofendidos por lo que estaban haciendo esos aparecidos, es decir los que mataron a Luis. Ellos eran de Berlín, Floralia, Calima y otros barrios. Entre ellos estaban Motato, Zarco, Mauricio y otros, todos muy jóvenes. En nuestros encuentros diarios ya no solo hablábamos de nuestras cosas, sino de este problema entre

las bandas. Cierta día Pedro me dijo: “te voy a contar algo, estos manes van a acabar con esos aparecidos, picados a locos”. “¿Cómo así?”, le pregunté. “Lo que pasa es que esos manes ya se nos están metiendo a la cocina. Pipe me dijo que El Zarco se está metiendo con mi sobrina, y dicen que como que la violó. Y el Motato está picado a loco, matando aquí y allá”. Y era verdad.

Z. Uy, se estaba armando la grande.

N. Sí, esos manes estaban muy picados. Recuerdo que ese Motato también mató a Guevara, un amigo mío. Esa noche yo le dije a él que se fuera temprano para la casa porque acababa yo de ver a Motato encender a patadas a un reciclador. Guevara me dijo que por qué se iba a meter con nosotros, si estábamos allí tranquilos tomándonos los guaros. “Y si viene a meterse con nosotros, le pido a un familiar mío una granada y se la tiro. Mi familiar también es un duro”, me dijo. Yo les dije: “bueno, se los advertí, yo me voy a dormir”. Y así fue. Al otro día me contaron que habían tumbado de la bicicleta a Guevara, y lo habían matado esos manes cuando iba para la casa. Pedro me siguió contando lo que estaban planeando porque él todo me lo contaba. Me dijo: “el Zarco es un bruto. ¿Sabes qué hizo? Se paró en la esquina a preguntar quién era el Calvo, que lo iba a cobrar. Se puso a decir eso delante de varios tipos que estaban reunidos y resulta que allí estaba el Calvo, o sea Rolando. Y para colmo, el mismo Zarco se estaba vacilando a la mujer de Rubén”. En fin, esos tipos se montaron en la *vacaloca* con los del barrio. Y la ficha clave para llevar todo a cabo era Pipe. Yo ya tenía mucho miedo, pero no me sentía capaz de alejarme de él. Además, también me sentía responsable de lo que estaba planeando Pedro, porque aunque yo no estaba de acuerdo con eso, estoy casi segura de que él también lo hacía por mí, porque él era testigo de lo que yo estaba

sufriendo. Le rogué, le supliqué que no se metiera en eso, pero salió a flote su peor defecto: la terquedad, lo obstinado de su ser, lo que era capaz de hacer.

Z. ¿Y qué pasó?

N. A partir de ese momento el miedo me invadió. Yo no soy de las mujeres que les gusta meterse con hombres de bandas, de oficina o sicarios, pero cuando yo empecé con Pedro, él no estaba en eso. Sólo éramos los dos en nuestro trabajo, hasta cuando murió Luis. Ahí definitivamente todo se vino al piso, incluso nuestra relación. El plan a seguir por ellos era sencillo: acabarlos uno por uno. Una tarde mientras trabajábamos me dijo: “el miércoles le van a dar al Zarco”. Yo lo miraba y no creía lo que oía, pero ya todo está hablado. Por esos días hablaba más seguido con Pipe, pues éste era amigo de los del barrio y también de los “aparecidos”, la banda de Motato. El Nando también era del barrio pero estaba con ellos. Dicho y hecho, el miércoles Pedro se fue para su casa, yo tenía nervios por lo que él había dicho. Esa noche estaba con los nervios de punta y, como a las 11 de la noche... el tiroteo se escuchó fuertísimo. Fueron muchos tiros... después un largo silencio, pues todo el mundo se esconde. Y la noticia era: imataron al Zarco! Él estaba sentado en un cajón de donde salen las líneas telefónicas, afuera del supermercado, cuando llegaron Jaime, Rubén, Poncho, Rolando y le empezaron a disparar. El último en llegar fue Rubén, quien le disparó cuando yacía en el piso.

Z. ¿Ustedes viven en el Oeste, o qué?

N. No, pero en esos días parecía. Al otro día, como siempre, llegó Pedro, me narró lo que había sucedido la noche anterior. Y yo cada vez más asustada porque ¡había empezado una cadena de horror! En la tarde arrió el famoso Pipe a hablar con Pedro. Como dije antes, él era una ficha clave porque estaba en ambos bandos. El plan a seguir era

el siguiente: Pipe llamaba a Motato y le daba la noticia de lo que había pasado con el Zarco y le pedía venganza. Se suponía que él vendría inmediatamente al barrio y allí lo iban a estar esperando. Entonces, sí señora, Pipe lo llamó desde la casa de Pedro. Como todos los días le seguí insistiendo que no se metiera en eso. “No se preocupe, el patrón nos respalda”. Yo le decía: “ino se confíe!, si Pipe está haciendo esto con ellos, lo puede hacer con usted”. Él me decía: “sí, yo sé, estese tranquila”. La verdad yo creo que él confiaba mucho en su amigo de toda la vida. Llegó el viernes, todo estaba calmado, era de noche, yo aún no había entrado a la casa de Pedro. Cuando salió me llamó, me pasó la llave y me dijo que atendiera mientras él llegaba, que no se demoraba. Así lo hice, lo esperé intranquila porque él no salía así. No pasó media hora cuando volvió.

Z. ¿Qué pasó?

N. Cuando él volvió me dijo que entráramos y que me quedara callada. Le hice caso y me contó: “Cuando me fui para donde mi mamá, desde la bajadita, vi a Pipe con Motato en la esquina del Liceo (lógico, Pipe le había puesto la carnada). Entonces, nos reunimos y salimos todos a darle a Motato. Él no tuvo tiempo de nada pues cada uno le salió por un lado diferente, uno de los muchachos se fue por atrás de los carros (en las noches, hay muchos carros parqueados en la calle del Liceo, yendo para la 44), el otro, Pancho, se hizo en la esquina, el otro, Jaime, le salió de frente. Motato al principio no sospechó nada. Y Pedro se quedó en la esquina después de la bajadita. Ya rodeado Motato, Jaime le disparó, él intentó correr pero estaban los otros. Trató de esconderse tras los carros pero había otro”. Motato también rogó por su vida, suplicó, “no me maten”, pero le tocó la hora. Lo mataron... cosas de Dios, creo, murió rogando, como lo hizo mi sobrino. Días antes me habían

contado que Motato desde que mató a Luis no volvió a tener paz, tenía pesadillas y lloraba por haberlo matado. Por esos días, cuando iba pasando por la otra cuadra, me llamó Pipe y me dio explicaciones que yo no le había pedido: “Nora, yo no tuve nada que ver con la muerte de Luis, cómo se le ocurre, yo no tenía nada contra él. Además yo a usted le llevo la buena”. Yo le dije: “no se preocupe que si usted tuvo o no algo que ver, lo dejo a su conciencia, igual ya no podemos hacer nada, él ya está muerto”. Me insistió mucho para que le creyera y aún no sé si él estaba o no vinculado con la muerte de Luis. Pipe se sentía mal y también fue y habló con mi mamá y nuevamente conmigo. También entiendo que él lo hacía porque seguía sintiendo algo por mí. Desde ese día todo volvió a tomar una calma tenebrosa, los muchachos de uno y otro bando se esparcieron, no se les volvió a ver. Ahora el problema era de patrón a patrón, el del barrio y el de Cartago. Ellos tenían que poner orden a lo que estaba pasando. Ambos patrones habían sido criados en el barrio, pero uno respaldaba a los “aparecidos” y el otro a los del barrio. El que apoyaba a los “aparecidos” fue el que amenazó para que mi sobrino pagara. Ese mismo vivía enamorado de Zory y estaba ofendido porque ella tenía un novio que, según él, no valía la pena. Él quería que nosotros, los de mi casa, le entregáramos al novio de Zory, pero, no, qué tal, en mi casa no somos así. Y se ofendió más cuando Zory se voló con el novio. El patrón de “los aparecidos” se tuvo que ir fuera de la ciudad y sus vasallos aprovecharon para matar a Luis. Cuando el “patrón” se dio cuenta, me llamó y me dijo: “quihubo, Nora, me dijeron lo que pasó y dizque usted anda diciendo que yo ordené eso. No diga cosas que no son, yo me vine para el pueblo y les dije que dejaran eso sano”. Yo creo que él me dijo eso para calmarme, no para amenazarme. Nosotros nos conocemos de niños y siempre hemos

tenido mucho acercamiento. Bueno, estos dos patrones tomaron la cosa muy en serio, o ponían sus muchachos a raya o no se sabía qué podía pasar. No llegaron a ningún acuerdo. Todos se desaparecieron, se escondieron un tiempo. El único que seguía por ahí dando la cara era Pedro.

Z. Tan bruto, ¿no le daba miedo?

N. Él me dijo: “Todos los muchachos se fueron y me dijeron que me fuera con ellos, pero el patrón me dijo que no, que me quedara”. Yo como siempre insistiéndole en que se saliera de todo eso, “¡váyase!”, y él decía que no. “¿Y mis hijos qué?, ellos me necesitan acá”. “Pues, sí, pero lo necesitan vivo, si usted se queda lo matan. ¡Váyase!”. “No, que sea lo que Dios quiera”, me respondió. “¡Pedro, váyase, hágalo por ellos!”. No lo pude convencer. Seguimos nuestra relación igual que siempre, apoyándonos mutuamente, el mismo cariño, la misma pasión y él igual de detallista conmigo, pero un día arrimaron un amigo de él, el Mellizo, y la prima de Pedro. Pedro conociendo la boca de la prima, no la dejó entrar y, claro, ella sospechó que estaba con una mujer. Él no le dio explicaciones, pero a mí no me gustó lo que pasó. Pasamos unos días más juntos, yo siempre preocupada, pero él era demasiado terco. Yo le recomendaba que tomara rutas diferentes, que no saliera a la misma hora. Pipe no volvió tampoco a aparecer. Estuvimos los días siguientes muy bien, yo llegué a pensar que lo iban a dejar tranquilo, igual él no disparó contra nadie, ni estuvo de frente en los hechos. Todo bien hasta que un día llegó de la casa de la esposa, entró a mi casa y me dijo en tono triste: “Nora, si vieras, esa mujer está furiosa porque le han dicho que yo tengo a alguien (ella no sabía que era yo), y que si es así, que escoja”. Yo no lo dejé seguir, con tristeza y dolor le dije: “es-tese tranquilo, no se azare, que por mi culpa no va a tener problemas, muchas gracias por todo, yo lo entiendo”. Él me

insinuó que teníamos que cuidarnos más, que él se sentía muy bien conmigo. Le insistí que no se preocupara, “no se azare que yo no le voy a causar problemas”. Yo se lo decía de corazón, pues en mí nunca estuvo la intención de dañar su hogar. Yo sabía, tenía bien claro mi lugar y no aspiraba a nada, tampoco le contaba a él lo que me decían de ella para ganármelo. Esa parte era solo de él, y yo se la respeté, hasta el último día. “Tranquilo, no se azare”. ¡Y fue la última vez que hablé con él!

Z. ¿Cómo así?

N. Nunca más le volví a dirigir la palabra, me hacía muchísima falta, lo necesitaba, pero yo no quería provocarle ningún problema. Lo miraba de lejos, igual él a mí, pero él tampoco intentó acercarse a mí de lleno. Seguía yendo donde mi mamá y, a veces, nos encontrábamos en el callejón, que como dije es bien angosto. Y yo volteaba la mirada y seguía de largo. No alcanzó a pasar una semana desde el día en que le dije “no se preocupe, no le voy a causar problemas”, hasta el día en que me tuve que despedir de él para toda la vida.

Z. ¿Cómo así, qué pasó?

N. Yo no me resignaba a perderlo, no quería rivalizar con nadie, pero quería contar con él, con su apoyo, su cariño, sus regalos de pasión. Entonces, hice un plan, me dije, “me pongo bien linda y trato de hablar con él”. Si me ve bonita seguro va a querer estar conmigo. En mi casa también lo apreciaban mucho, por su carisma, su alegría y lo bien que era conmigo. A nosotras nos dijeron que él también había avisado que mi sobrino estaba en la casa ese día, pero yo la verdad me resisto a creer en eso. Si él participó en eso tan horrible, ¿por qué, después, quiso ayudarme a cobrar venganza? No sé, y no me gusta pensar en eso. Mi familia tampoco le guarda rencor. La tarde del viernes me fui con

mis hermanas de compras, y cómo no, compré una minifalda y una blusa color beige. Se me veía muy bien, por lo que soy de piernas gruesas, a él le gustaban mucho mis piernas y mi cabello negro, ondulado y largo. Estuvimos todo el día paseando y comprando. Cuando llegamos en la noche nos sentamos en el andén de la calle, donde vive mi otra hermana, al frente del callejón. Pedro iba saliendo con un DVD, o algo así, no recuerdo bien. Iba para donde la dueña del negocio que también vivía en esa cuadra. Él iba con su gorrieta que no le podía faltar, sin camisa como me gustaba verlo. Ese día disfruté una vez más de su mirada y de su pícaro sonrisa, ya que mi hermana le dijo algo, y él volteó a mirar donde estábamos sentadas y se sonrió.

Z. ¿Estaba lindo?

N. Sí, y yo encantada, mirándolo, y cuando volvió de donde la señora, entró y se perdió en el callejón, que estaba oscuro, y al fondo solo se veía el bombillo de la casa donde él trabajaba. Al rato yo entré a mi casa a dejar los paquetes y a sacar plata. Cuando iba a salir miré hacia la ventana de la casa de él, y me extrañó que las luces de adentro estuvieran encendidas (de noche no se prendían, porque se veía todo hacia adentro) cuando debían estar apagadas. Con curiosidad volteé a mirar la ventana donde estaba el teléfono. Lo cogí con la intención de llamarlo, pero seguí mirando. Cuando alcanzo a ver la figura de otra persona. En principio pensé que fuera una mujer, pero cuando miré bien, siempre con el teléfono en la mano, vi a una persona de baja estatura, con una peluca que se la acomodaba. En ese momento me entró el pánico, pero yo no sabía qué hacer, no me atrevía a marcar el teléfono. El miedo me estaba matando, el único que sabía yo que usaba peluca cuando iba a hacer algo era Pipe. Yo le había dicho a Pedro que no lo atendiera más, que lo evitara, pero ese día Pipe estaba allí,

él no había vuelto, ¿por qué ese día le dio por ir? Yo estaba petrificada, llamo o no, tal vez en ese momento mi orgullo de no bajar la cabeza ante él, el miedo a que Pipe me viera hablando con él, o la confianza en que, siendo ellos amigos desde niños, no podría pasar nada, me detuvo en mi intención. Ellos seguían conversando, incluso se reían. Eso veía yo desde la puerta de mi casa. Él no se dio cuenta que yo lo miraba, yo ahí con el teléfono en la mano, asustada, triste, con ganas de hablar con él, de ir y tocar a la puerta. Mil cosas pasaban por mi mente en ese instante, pero no, no hice nada. Ellos, alcancé a ver desde mi rincón, siguieron hacia el cuarto, y no sé cómo me tranquilicé y salí de la casa. Volví a sentarme con mi mamá y mi hermana en el andén. Mi mamá me dijo que tenía hambre y nos fuimos a comer a la quinta, a unas cuatro o cinco cuadras de la casa. Nos sentamos un rato en el asadero mientras mi mamá se tomaba un consomé. Cuando terminamos, nos fuimos caminando despacio hasta la casa y, de nuevo, nos sentamos frente al callejón. El bombillo del fondo seguía prendido, cuando un joven nos preguntó: “¿escucharon los tiros?”. No, no escuchamos nada porque estábamos en la quinta. “¿Y qué pasó?”, pregunté. El joven no sabía. Dijo: “solo se escucharon unos tiros pero nadie ha dicho si hay algún muerto o algún herido”.

Z. No fregués...

N. Sí, varias personas preguntaban lo mismo, ¿quién hizo los tiros?, ¿dónde?, ¿a quién le dieron?, pero nadie sabía nada. Pasaron las nueve de la noche y Pedro aún no se iba para la casa, eso me extrañaba mucho, porque a esa hora él salía. A mi mamá y a mí se nos hizo raro, pero seguimos conversando normalmente. Ya eran las diez de la noche y el bombillo del callejón seguía prendido. Nosotras retomamos el tema de por qué Pedro estaba todavía allí. Mi

hermana dijo: “debe ser que está peleado con la mujer”. Yo de una le dije que no, él nunca se quedaba acá, quién sabe por qué sería. Entonces, entré al callejón, abrí la puerta de mi casa y miré hacia la de él. Y, con extrañeza, vi que las luces de toda la casa estaban prendidas (eso nunca sucedía), la cross también estaba junto a la ventana, y la ventana estaba entreabierta. Me atreví a acercarme a la ventana y no vi nada, ni a nadie, ¡qué extraño!, ¿a esa hora y la casa así? La bicicleta allí, eso nunca había pasado. Salí y me senté con mi mamá a esperar a que llegara Pedro, porque de pronto se entraban a robar. Nosotras lo que creímos era que él había salido. Pasó otra media hora y todo igual, Pedro no llegaba. Entonces, me fui para la bajadita, en el camino me encontré a una amiga, prima de Zory, y le pregunté: “¿vos has visto a Pedro?”, “sí”, me dijo ella, “él pasó en una bicicleta”, pero no me supo decir cuál bicicleta. Ella también era amiga de Pipe. Yo me quedé tranquila. Sin embargo le dije a la sobrina de Pedro que si lo veía, le dijera que fuera a cerrar la casa, que la estábamos cuidando desde afuera. Ella dijo que sí. Volví a la casa, al andén de enfrente del callejón, y le pregunté a mi mamá si Pedro había llegado. Ella me dijo que no. Yo, en mi mente, aún guardaba la esperanza de rehacer nuestra relación.

Z. ¿Cómo así? ¿Entonces, su amiga por qué dijo que lo había visto?

N. Yo no sé ella por qué me dijo eso. Seguimos esperando otro rato, los minutos se convirtieron en horas y Pedro nada que aparecía. La casa continuaba con las luces prendidas, la ventana entreabierta, todo igual, nada pasaba distinto. Mi hermana fue a mirar de nuevo pero nada. De verdad estábamos muy ansiosas, nerviosas, impacientes, sin saber dónde estaba. Después de un rato empezó a sonar el teléfono de la casa de Pedro. Yo no me atrevía a abrir

la puerta, por la ventana solo atisbaba desde afuera. Volví hacia la bajadita, a ver si había aparecido Pedro, pero ya venían hacia la casa donde trabajaba Pedro, la hermana, la sobrina y Mellizo, el amigo de Pedro, el único que sabía lo que pasaba entre los dos. Hablamos sobre dónde podría estar Pedro, pero nadie lograba dar razón de él. El teléfono seguía sonando, ellos me dijeron que él tampoco estaba donde la esposa. Ella había llamado a la mamá de él a preguntarle, pero no supieron darle razón. No habiendo más nada que hacer se decidió entrar a la casa y, aunque la ventana estaba entreabierta, no se pudo abrir la puerta porque estaba con seguro. El Mellizo optó por meterse por el techo, y así lo hizo. Se apoyó en el balcón de mi casa, tomó impulso y pasó al techo. En la parte de atrás de la casa hay un pequeño hueco por donde entraba el sol al pequeño patio. Mellizo bajó por el hueco y cayó sobre el lavadero.

(Zoraya continúa escuchando la historia, entre asustada y asombrada, y con mucha expectativa. Mientras Nora revive esos momentos, siente el corazón igual de acelerado que ese día, con la misma incertidumbre. Era como si estuviera viviendo de nuevo ese instante. Los nervios, el dolor, la tristeza, poco a poco se apoderan de ella. Se nota en su agitación al contar la historia, mientras pasan mil imágenes e ideas dentro de su mente).

Z. ¿Y qué pasó?

N. Mellizo entró. Desde la ventana lo veíamos recorrer la casa, miró el baño, el último cuarto, la cocina, el otro cuarto, la sala y abrió la puerta. “Él no está”, dijo, “la casa está sola”. Todos nos miramos tratando de saber qué era lo que estaba pasando.

Z. Y, entonces, ¿dónde estaba él?

N. Mellizo se devolvió a revisar la casa mientras el teléfono seguía sonando. La hermana por fin contestó: era

la esposa averiguando por qué Pedro no llegaba. Mellizo de nuevo revisó, y cuando entró al último cuarto, alcanzó a notar en medio de la oscuridad que la puerta trasera que tenía ese cuarto estaba entreabierta. Cuando avanzaba se topó con algo. Al principio no se imaginó qué era, porque ese cuarto era muy oscuro, a ese cuarto nunca entrábamos mientras estuvimos juntos. Por lo tanto el cuarto se mantenía oscuro. Mellizo se puso a mirar con qué se había tropezado.

Z. ¿Qué era?

N. Lo que nunca uno imaginó. Él se agachó y lo tocó. Estábamos en la sala esperando cuando pegó un grito y salió: “¡es él, Pedro!”. Quedamos estupefactas, yo alcancé al Mellizo y sí, era verdad, allí yacía Pedro. No lo podía creer, no sabía qué hacer, en ese momento vinieron a mi mente las imágenes de él con Pipe y la peluca. “Si yo hubiera llamado por teléfono, si hubiera tocado a su puerta”, mil cosas, mucha confusión, gritos por un lado, llanto por otro. Me uní a Mellizo para sacarlo de aquel cuarto con la ilusión de que aún estuviera vivo y lo dejamos en la sala. Yo salí corriendo del callejón a pedir ayuda y por allí cerca estaba Ferney, que muy amablemente me ofreció su carro. Entré a la casa y lo sacamos de ahí. Yo no pensaba en ese instante en la esposa, en la familia, solo pensaba en que viviera. Me subí al carro Renault 4 con Mellizo y la hermana. Ella se ubicó en la parte de adelante, y yo me fui en el asiento trasero con Mellizo, cargando a Pedro. Yo le hablaba, le rogaba que luchara por su vida, que yo lo necesitaba, que lo quería, que me hacía falta, y lo besaba, lo besaba y lo besaba, pero él estaba muy, muy frío. Llegamos al Seguro Social Uribe Uribe, entramos por urgencias para que lo atendieran. El médico de turno lo recibió y lo entró corriendo. Cuando hicieron los chequeos de rutina nos miró y dijo que no había nada que

hacer, ya había “muerto”. Me quedé un rato con Mellizo al lado de Pedro. Mellizo lo empezó a revisar para recoger sus cosas, entre ellas la argolla de matrimonio y la billetera, de la cual sacó un carné amarillo de un equipo de fútbol y me la regaló. La hermana había salido a avisarle a la familia mientras que yo seguía con él. Así estuve por mucho tiempo con él, acompañándolo hasta lo último. El doctor después de un rato nos hizo salir para dar paso al levantamiento del cadáver. Cuando estábamos en el pasillo, alcancé a ver en el fondo que venía la esposa. Entonces, me escondí tras un muro para no importunar. Por un rato estuve así, pero luego la hermana de Pedro me llamó y cuando estaba hablando con ella apareció la esposa, que se vino furiosa contra mí, con toda clase de insultos y, lógico, preguntaba qué hacía yo allí. Uno de los familiares logró controlarla y explicarle que yo había tratado de ayudarlo. Ella se calmó y me dejó tranquila. Ya había cumplido hasta allí, ahora debía dejarles su espacio a ellos.

Z. ¿Y qué hiciste?

N. Entonces me fui para mi casa. Mientras tanto iba pensando en todo lo sucedido y la famosa pregunta: “¿si yo hubiera... si yo hubiera...?”. Sí, porque si yo hubiera dejado mi orgullo esos días y lo hubiera seguido tratando normalmente, tal vez él no hubiera estado solo y Pipe no le hubiera hecho nada (yo digo Pipe, porque estoy segura que fue él. Nadie tiene esa seguridad, ni su familia, ni sus amigos, pero yo sí. La familia, después, me hizo muchas preguntas pero siempre les dije que no sabía nada, que hacía días que no hablábamos). Sí, tal vez si yo hubiera estado, Pipe no le hubiera hecho nada o de pronto a mí también me hubiera pasado algo. Si él no pensó en Pedro, que eran amigos desde niños, mucho menos lo iba a hacer conmigo. “Si yo hubiera” llamado en ese momento tal vez él hubiera salido

y no hubiese pasado nada. “Si yo hubiera” buscado la puerta trasera, tal vez lo hubiera podido auxiliar cuando recién le dispararon. ¡Pero no hice nada! Igual fue con mi sobrino cuando nos acorralaron, nunca cogimos el teléfono para llamar a la policía para que nos ayudara. No sé por qué en esos momentos, tan difíciles, tan duros, tan aterradores, uno no piensa, se bloquea. Pude, en ambos casos, hacer muchas cosas para salvar sus vidas, pero ni a mí, ni a nadie se le ocurrió llamar a la policía. Pero yo tampoco nunca imaginé que esos tiros de los que hablaba la gente habían terminado en la cabeza de Pedro. No sé si alguien se imagina lo que se siente cuando uno puede hacer algo y no lo hace. Pero aún con todo lo horrible de esta situación, no me puedo sentir culpable, no fui yo quien buscó que esto pasara. Pasó, y solo Dios sabe por qué, porque creo que si era voluntad de Dios que estuvieran vivos, él hubiera hecho que ellos se salvaran. A Pedro le rogué que no se metiera en nada, que se fuera y no lo hizo. A mi sobrino (aunque una vez, muy ofendida con él, le deseé la muerte, y lo hice de rabia), muchas veces salí en su defensa, porque yo lo quería mucho y no me gustaba que nadie se metiera con Luis. Él se crió conmigo, ¿cómo iba yo a querer que le pasara algo? Eso, ¡jamás!, Dios lo sabe, él conoce mi corazón y por eso mi conciencia está tranquila. Al otro día en la morgue entregaron a Pedro. Entonces, fui en la noche al velorio que le hicieron en casa de su mamá, en la bajadita. Al principio sentí temor, pero fui con mi mamá y no me rechazaron. También Nury fue, ahí estuvimos juntas, ella al fin no supo nada. Al otro día nos preparamos para el entierro. Mi familia me acompañó, me vestí con la ropa que había comprado para seducirlo el sábado, ¿se acuerda?

Z. Sí.

N. Una falda de jean, una blusa beige, unas sandalias beige... y así nos dispusimos para el último día. A Dios

gracias, la esposa no volvió a decirme nada, ella no logró confirmar nada con respecto a los dos. Tan así es que pude ayudar a organizar el cadáver de Pedro, acomodarle su gorra y darle un último beso. Solo la sobrina me vio besarlo. Durante el velorio, cuando hablé con la esposa, le dije lo mucho que él la amaba y el regalo que le estaba preparando para su cumpleaños, y el amor inmenso por sus dos hijos. Todo fue cordial. Nos fuimos para el cementerio, escuchamos la misa, me hice muy lejos de la familia, por respeto y prudencia. Mi familia siempre me acompañó (ellos eran los únicos testigos del dolor de mi alma, de lo mucho que yo lloraba, porque delante de su familia solo mostraba cara de solidaridad, pero en mi casa no paraba de llorar y lamentarme). En esa posición y con actitud tranquila y mesurada acompañé a Pedro hasta su última morada. Mientras lo sepultaban, yo guardaba distancia, oraba por él, y le hablaba. Cuando el cementerio fue quedando solo, un amigo en común me miró como adivinando lo que pasaba, se acercó, me regaló una rosa roja, sé que lo hizo con la intención de que se la arrojara a la tumba. Lo miré en silencio, me acerqué, me aseguré que nadie me viera y tiré un beso a la tumba, le di un beso a la rosa y la arrojé mientras le decía: “adiós, amor mío, nunca te olvidaré”. De todas las personas que participaron en estas muertes solo quedan vivos Pipe y el Patrón.

Z. Tenaz, ¿no? ¿Y luego que hiciste?

N. Nada... sólo llorar, ah, y escribí este poema. ¿Te lo leo?

Z. Sí, léelo.

N. Hoy me encuentro... perdida en mi soledad.
Todas las mañanas me despierto con la dura realidad.
¡Un día más muerta en vida!
pero todos los días cuando me voy a dormir, lo hago con la ilusión

de que mañana al despertar
todo será diferente,
pero...
la realidad me muestra que estoy
entre las tinieblas de esta soledad,
no encuentro cómo llenarla
hago de todo para evadirme
porque...
siempre estoy pensando en ti,
en lo que estás haciendo,
te pienso: ¿qué estás viviendo?
¿Qué estarás disfrutando lejos de mí?
¿Será que aún piensas en mí?
¿Me extrañas?
¿Te has olvidado de todos
los momentos vividos junto a mí?
¿Será que la distancia ha logrado
borrarme por fin de tu memoria,
alejarte...?
Aún sigo esperando que llegue ese día
en que nos encontremos, en el que nos
amemos hasta el fin.

Los recuerdos de mi vida son incertidumbres y preguntas

(Fragmento)

PININA

De muy niña fui muy consentida por mi madre, que en paz descanse. A ella le gustaba mucho viajar y siempre me llevaba a todas partes. El problema con mi madre es que era muy malgeniada y me pegaba muchísimo y me insultaba con palabras groseras, pero al rato me consentía, me mimaba y me daba mucho gusto. Yo tenía 5 años o 6 y para mí era muy rico pasarla con ella, que era muy católica y le gustaba ir, de vez en cuando, a misa. También iba mucho a llevar flores a nuestro Señor y a la virgencita, decorando muy lindo los altares.

Asimismo iba al cementerio a visitar las tumbas abandonadas. Me enseñó a que les diera unos golpecitos y a ponerles florecitas, me encantaba hacerlo con mucho amor y con mucha fe. Como también me enseñó a dar limosna a los que le pedían a uno. Así fui aprendiendo a ser muy católica y muy humanitaria con las personas que me rodeaban, a ser avispada y activa porque mamá me enseñaba las cosas que debía aprender como barrer, cocinar o, mejor dicho, los oficios del hogar. Aprendí a bañarme solita, a lavar los interiores en el baño y como a veces me olvidaba jugarlos, los

cogía y me los estregaba en la cara. Lo mismo hacía cuando me orinaba y, encima, me pegaba muy duro. Yo lloraba mucho, me sentía mal, pero después me consentía y se le pasaba el malgenio.

Mis hermanos varones estaban internos donde el padre Luna. Muchas veces íbamos a visitarlos aunque, a veces, les daban permiso para salir. En esa época, mi hermana, una de las mayores, tuvo un romance con un señor muy distinguido, que tenía un almacén en Chapinero y con muchas comodidades para vivir bien. En ese tiempo vivimos en Río Negro, era una casa muy grande y ahí, mamá, se decidió a irse a viajar y dejó a mis dos hermanitos en el colegio. Nos fuimos para Armero y para El Líbano, Tolima. Yo me sentía muy feliz con ella porque le gustaba ser muy alegre y como era muy hermosa, yo veía que me la admiraban mucho. En realidad yo no comprendía por qué mamá iba a esos pueblos; de todas maneras la distinguían muchas personas y en esas durábamos días. Luego salimos a viajar para Ibagué. Ahí fue cuando vine a conocer a un señor muy bien parecido, alto y acuerpado. Me acuerdo tanto que estaba oscureciendo cuando mi madre hablaba con él y me cogió y me dijo que era mi padre. Él se me quedó mirando, sacó plata y me la dio. Yo me fui a comprar Chitos y ella hablaba y hablaba con él, y no supe de qué estaban hablando. Así pasaron los días y fui creciendo pero me daba mucha felicidad de estar junto a mi madre porque ella no me dejaba con nadie. Un día nos fuimos para Cajamarca.

Me gustaba mucho cuando viajábamos de noche porque me encantaba abrir la ventanilla de la flota para recibir la frescura del aire y el olor de la naturaleza, y de día, más me encantaba ver los hermosos paisajes. Cuando llegamos allá vine a saber que tenía otra hermanita en un colegio de monjas. Era un colegio muy lindo, había muchos niños, sus

dormitorios eran grandes, bien organizaditos, y cuando llegó mi hermanita me puse muy feliz de verla y de conocerla. Ella era mayorcita que yo, una niña muy callada y muy educada. Ese día conocí bien el colegio y la pasamos muy agradable. Mi mamá le dio algunas cositas que le llevaba y cuando llegó la hora de la partida me dio mucha tristeza de que se quedara ahí nuevamente. Nos despedimos con mucho amor y cariño, y las monjas nos trataron divinamente. A mí me hubiera gustado quedarme con mi hermanita pero era imposible porque no tenía la edad para estar ahí. Entonces nos fuimos para El Espinal, donde conocí a mi otra hermana, que en paz descansa. Ella vivía en el barrio Caballero y Góngora, era una de las mayores y tenía muchos hijos pequeños. Me encantaba estar con ellos en un árbol de totumos comiendo helados. La pasábamos muy rico y más cuando íbamos a bañarnos en la quebrada detrás de la casa, apenas a unos metros. Con mis sobrinos nos poníamos a bajar mamoncillos y mangos y nos la pasábamos casi todo el día en la quebrada y al atardecer regresábamos a la casa. Cuando era el día de mercado me agradaba mucho porque con mi madre comía lo que fuera. A mí me gustaban la avena, los bizcochuelos y muchas cosas más como la lechona tolimense y la rellena de marrano. Era la comida que me agradaba y me agrada todavía. Me fascinará por siempre.

Así pasaron los días y algunos mesecitos. Cuando llegó la partida me puse muy triste pero como llegaba la fiesta de San Pedro a Espinal, mi madre decidió quedarse porque el papá de mi cuñado ponía balcones para las corridas de toros. Llegaban los turistas y el pueblo se ponía muy bonito y armonioso, y como éramos muy traviesos, y más yo, que era muy avispada, me gustaba mucho ver los circos o los juegos electrónicos que llegaban. A los días conocí a mi sobrina, que era un poquito mayor que mis otros sobrinos

y que yo, pero ella vivía con su *ajacle*, que tenía un almacén de calzado y él, como quedaba un teatro al frente, nos entraba a ver películas. Nos gustaba ver a las personas bailando por las calles, todo me agradaba. En esa época vine a saber que mi madre tenía una casaquinta a una cuadra de la catedral y definitivamente la perdió porque un abogado tinterillo la engañó dándole unos cuantos billetes. Como mi mamita era analfabeta, no sabía ni leer ni escribir, por eso se aprovechó de ella y la robó. Bueno, fueron pasando las fiestas y todo se acabó. Yo no sabía de dónde sacaba plata mi mamá para poder sostenernos al lado de mi hermana, porque ella le ayudaba para el diario. A los días partimos, nos despidieron con bendiciones y con mucho cariño y de ahí nos fuimos para Girardot. Era tanto lo que me encantaba viajar que en realidad me sentía muy feliz.

Mamá me llevaba a lugares donde nos saludaban con mucho cariño y ahí fue donde vine a saber que yo había nacido en Girardot y que mis padrinos eran de buena familia, muy distinguida. Ella llegaba a varias partes y nos atendían súper bien ya que mi madre se acomodaba a colaborar o sea a ayudar a lo que fuera; fui aprendiendo las cosas que uno debe hacer para cuando llegara a ser grande. Mi madre me hablaba de cosas que no entendía, me decía que uno debe de ser decente, así sea lo que uno sea, y que uno debe de ser toda una mujercita y aprender a vivir sin hacerles daño a las personas. Ella era muy noble a pesar de lo malgeniada y, a veces, me llevaba para la orilla del río Magdalena, a un sitio de ambiente familiar. Allí se escuchaba música, bailaban y tomaban. Yo me ponía a jugar, a tirar piedritas al río. No me preocupaba de nada porque lo que yo quería mi madre me lo daba. Ella me ponía muy bonita, le gustaba comprarme vestidos y peinarme con trenzas pero a mí no me gustaba porque me halaba mucho el cabello y, fuera de eso, me pegaba.

Yo tenía el cabello largo, muy lindo, y no dejaba que nadie me lo cogiera. Por esa época vi a una señora que estaban peinando. Me quedé muy asombrada de ver que su cabello le llegaba hasta los pies, era muy hermoso. Entonces me dio la idea o me propuse a peinar me y cogirme el cabello y solo lo hice porque ya no me gustaba que mi madre lo hiciera, y fui aprendiendo muchas cosas de las experiencias que veía. Claro que no dejábamos de ir a misa e ir a visitar a las almitas, y de dar limosnas. Todo eso me agradaba mucho y así pasaban los días hasta que mi madre se decidiera a viajar nuevamente. Y cuando lo hacía, iba comprando cosas para llevarle a mis hermanos o a cualquier otra persona allegada a ella.

Nos fuimos para Bogotá. Allí todo se me hacía aburridor porque era otra forma de vida, pero sabía que tenía que conformarme y tener paciencia. Llegamos donde mi hermana y a los días fuimos a visitar a mis hermanos al internado.

A mamá le habían dicho que eran muy estudiosos y muy juiciosos. Ella para poder sostenernos se puso a vender huevos cocidos con empanadas. Un día nos fuimos para el barrio Las Ferias a vender y todo iba bien hasta que llegaron los policías y le botaron el canasto de los huevos. Como era muy malgeniada se puso a discutir con el oficial, que era un teniente. Él fue muy patán porque estrujó a mi madre. Ella se puso tan histérica que le dio un puño en la cara, y ahí fue cuando la cogieron entre todos los policías y la subieron a una radiopatrulla. Yo solo lloraba de ver cómo le habían pegado. Nos llevaron a la comisaría de Las Ferias, la metieron a un calabozo y yo no sabía qué hacer al ver a mi madre llorando y gritando. Además no sabía cómo avisarle a mi hermana. Ellos, de ver que nadie llegaba por mí, me subieron a una patrulla a la fuerza, porque yo no quería dejar a mi mamá, y me llevaron a una casa muy grande en una esquina.

Allí solo se escuchaban las voces de muchos niños. Yo me sentía triste de saber que no iba a estar con mi madre. Hasta que una señora me dijo que me calmara, que muy pronto iba a ver a mi mamá; cuando me reunieron con los demás, habíamos muchos y supe que sólo eran niños que tenían a sus padres detenidos en una cárcel.

Ya fui cogiendo confianza con ellos, aprendiendo a leer pero no mucho; yo le ponía cuidado a lo que me enseñaban aunque no me gustaba nada. A veces me ponía a jugar pero sentía la soledad, me hacía mucha falta mi madre, no hallaba la hora de poderla ver. Llegó el día que los niños se ponían muy contentos porque sabían que iban a ver a sus padres. Nos pusieron una jardinera azul oscura muy bonita, nos fueron sacando muy temprano, nos subieron a un bus y cuando llegamos había monjas. Las niñas corrían en busca de sus madres, ellas las abrazaban y lloraban. Cuando vi la mía corrí hacia ella y me alzó llorando. Nos miraban muchas señoras y le decían: “tan bonita que es su hija”.

Fui a conocer por todos lados. El lugar era muy grande y los corredores muy bonitos. La pasamos muy rico, comí muchas cosas y mamá tenía muchas amigas o compañeras. Ahí fue cuando supe que a ella le gustaba cantar y se la pasaba tejiendo. Me mostró lo que había tejido y así pasamos todo el día con nuestras mamás y cuando llegó la hora de irnos, las niñas lloraban y sus madres se ponían muy tristes. Lo mismo le pasó a mi mamita, y nos fuimos con las bendiciones de ellas porque nos bendecían y nos decían que nos portáramos juiciosas. Y así pasaron los días y los meses. Yo ya me resignaba a que me tocaba vivir sin el amor de mi madre, me fui poniendo muy rebelde y no me podían decir nada porque me ponía a llorar y no hacía caso. Seguían llevándonos a ver a nuestras madres pero yo no quería eso, sino estar con ella. Transcurrió así el tiempo, hasta que un

día llegó mi mamá por mí. Yo me puse muy feliz y lloraba de alegría porque sabía que iba a estar con ella, y así fue. Me sacó de ese horrible internado, y digo así porque no me gustó para nada. La pasaba muy aburrida pero sabía que no iba a volver más. Mi viejita me llevó a comer peto.

Nos fuimos a vivir a una pieza por el lado de Bonanza. Ahí fue cuando mi madre comenzó a trabajar vendiendo ropa en los pueblos, como Cachipay y otros más cercanos. Me encantaba saber que nuevamente íbamos a volver a viajar pero ya no lo hacíamos en flota sino en tren. A mí me agradó porque tenía la oportunidad de ver nuevamente los lindos paisajes y la brisa tan fresca y que, además, me gustaba coger las naranjas de los árboles y columpiarme en las barandas del tren. Yo era una niña muy juguetona y muy juiciosa y fui aprendiendo a trabajar, a echarme las maletas al hombro. Yo solo hacía lo que mi madre me decía, que me quedara cuidando las cosas, por ejemplo, y seguíamos viajando. Ella era muy humanitaria y muy buena. Yo veía cómo le daba algo a los pobres y a los que tenían sus hijitos, los vestía. Lo que hacía mi madre era muy lindo.

Después decidió que nos fuéramos para Cajamarca para ver a mi hermanita. Allá le dio por sacarla del convento. Ella ya estaba formándose, era una señorita, y regresamos para Bogotá; no sé cómo mamá se las ingeniaba, en realidad no comprendía nada. Cuando fue pasando el tiempo, nos llevó a internarnos a un colegio de monjas, en El Sagrado Corazón. Ahí también había muchas niñas. Eran muy lindas con nosotras. A mi hermanita la pusieron a cuidar los marranos porque a ella le gustaban mucho los animales. A veces comía en la marranera y los marranos eran grandotes y bien aseados.

El día menos pensado nos reunieron a las niñas más pequeñas para que bordáramos las medias. Algunas lo

hacían pero yo no podía, o no quería. Aprendí a abrir la ventana y mandé a llamar a mi hermanita para que me ayudara a hacerlo, y cuando estábamos en eso llegó una de las monjas y me llamó la atención. Yo me puse a llorar. Fue cuando mi hermanita le dijo que no me regañara, y me cogió de la mano y partimos a correr y, la monja, por seguirnos, se cayó. Nosotras solo reímos y nos fuimos para la marranera. Allá nos estuvimos un buen rato.

Mamá nos iba a visitar y llevaba cosas y galguerías, así lo hacía siempre. También hacíamos paseos muy ricos, lo que más nos enseñaban era a orar y como mi hermanita había estado en el otro colegio de monjas no se le hacía difícil rezar.

Llegó la Navidad. Para mí era hermoso porque se acercaban los cumpleaños de las dos, que cumplimos el 24 de diciembre. Ella me llevaba dos o tres años más. Las monjitas hacían buñuelos y muchas cosas navideñas de comer. Éramos felices en todo sentidos, a pesar de que nuestra madre no estaba con nosotras.

Pasó el tiempo. Me acuerdo mucho que en esos días se veía mucho humo en el cielo y la mayoría de las niñas nos fuimos para un balcón muy grande donde podíamos ver bien. Yo como siempre me subí como un mico y veía las llamaradas de la candela que hasta las hermanitas se asustaron y nos llevaron a ver las noticias. Algo muy espantoso estaba pasando, algunas de mis compañeras estaban muy asustadas por todo lo que veían en el televisor. El edificio de Avianca se estaba quemando y las personas se tiraban desde las ventanas.

Y así pasó, las monjitas nos llevaron a rezar y a poner en oración a las personas que habían fallecido.

Mamá, a los días, nos fue a visitar y nos contó lo sucedido. Luego las monjitas hablaron con ella, de mi hermana

no le daban quejas, pero de mí dijeron lo peor. Digo así porque yo era muy insoportable. Bueno, un día llegó el camión del mercado al colegio, lo estaban descargando y yo decidí meterme a escondidas a la despensa. Cogí dos panelas y me las eché dentro de los interiores, luego me fui para el cuarto donde nos ponían a coser, donde guardábamos nuestras pertenencias. Cuando me agaché a echar las panelas al cajón, una de las niñas grandes me vio y fue a decirle a la monja. Entonces me llevaron donde la Madre Superiora. Yo me puse a llorar y me dio miedo y susto cuando le vi en las manos un cable de plancha. Salí corriendo desesperada donde mi hermanita que se encontraba en la cocina y, apenas me vio, me preguntó qué me había pasado. Yo le comenté que me iban a pegar con un cable de la plancha porque me habían encontrado dos panelas que había sacado de la despensa. Ella me regañó y me dijo que por qué había hecho eso. Yo le dije que era para comérmelas. En esos momentos entró la china que había llamado a la monja, y yo le dije a mi hermana que era ella la que me había llevado donde la Madre Superiora para que me pegara. Pues mi hermanita, ni corta, ni perezosa, alzó una olleta que había en la estufa y se la lanzó a la china y la quemó. Cuando la vieron llorando a gritos vinieron las monjas y la cogieron para echarle crema. A nosotras nos llamaron la atención y nos dijeron que cuando viniera mi mamá nos iban a entregar. Yo tenía mucho susto porque sabía que mamá le pegaba a uno donde fuera y le hacía a uno un escándalo con palabras odiosas.

A los días me pusieron a estudiar en el Colegio Ozanam, con mi hermana. Duré unos meses, no me soportaba, era muy histérica, caprichosa, terca y no me gustaba hacer caso. Por eso, con el tiempo, me fui con mi madre. A mi hermanita sí la dejaron para que siguiera estudiando porque era muy buena estudiante.

Dejé de estudiar y mi madre siguió sacándome con ella. Fui conociendo poquito a poquito la ciudad de Bogotá porque también me llevaba donde ella trabajaba, en la Embajada de Chile. Para mí era muy hermoso ver los almacenes y las cosas bonitas que se veían dentro de ellos, y cuando me llevó a la Caja Agraria quedé asombrada de ver a las personas que sacaban plata. Mi madre se acercaba a una de las ventanillas y hacía lo mismo. También supe que el gerente de la Caja Agraria era el padrino de uno de mis hermanos. A los días me llevó al Banco de la República de la carrera séptima, y me quedé asombrada de ver cómo era de bonito. Allí pasó lo mismo, mi madre se acercaba a las ventanillas, mientras yo me ponía a jugar. Un día me llevó nuevamente a la Caja Agraria, y después al banco, y fue cuando me cogió de la mano y bajamos al sótano. Había muchas personas. Mamá se acercó a una de las filas y allí vi el carro de la plata bajando de un ascensor muy grande. Le pregunté a mi madre que por qué ese carro lo bajaban así. Ella me contestó que era la plata que traían para guardarla. Vi mucha plata y barras amarillas. Yo no sabía nada ni tampoco me atrevía a preguntarle a mi madre por qué motivo entrábamos ahí. Ella era la única que sabía el motivo, y así fui conociendo muchas partes donde iba: entraba a la Gobernación, a la Alcaldía y a muchos lugares más. Yo solo veía cómo la recibían de bien. Además, a mi madre le gustaba ser muy detallista con las personas. A mí me daba muchos consejos, me decía que ella había sufrido mucho en la violencia y para poder ahorrar tuvo que trabajar mucho cuando era muy jovencita, como también me decía que una, de mujer, podía estar en medio de mil hombres, o los que fuera, y que debía hacerse respetar y valorar. Decía que no debía robarle a nadie y que si encontraba cualquier cosa, así fuera un alfiler, lo entregara, para así poder que a una

le cogieran confianza y poder llegar a cualquier parte con buenas referencias. Son palabras que uno nunca olvidará porque es lo que uno debe ser en esta vida. Así que también supe que mi madre era de una buena familia. Me contó que sus hermanos tenían formas de vivir bien, unos eran profesores de la Universidad Nacional, el otro era sargento primero de la Policía, otro, mayorista de pescado que llevaba las camionadas a Paloquemao y, el otro, tenía un restaurante en Chiquinquirá, pero ella nunca les había pedido nada, porque le dieron la espalda cuando más los necesitaba.

Y tantas cosas me comentó que yo sentía nostalgia de ver cómo mi madre había sufrido y cómo se sacrificaba por nosotras y cómo ella quería que fuéramos alguien en este mundo. Por eso nos quería tanto, quería lo mejor para mis hermanos y para mí, por eso no quería ni sacar a mis hermanos del internado, quería que siguieran estudiando. Un día nos fuimos para Boyacá donde el hermano de ella. Yo creía que íbamos a pasar muy rico pero no fue así porque nos recibieron de una manera muy desagradable, con desprecios. Yo me puse triste de ver lo que tenía que hacer mi madre para que pudiéramos tener un plato de sopa y la dormida.

Un día nos fuimos para la galería a traer el mercado, llegó el hermano de ella y comenzaron a discutir. Fue cuando él le pegó a mi mamita. Ella se le fue encima a no dejarse, pero como él era alto y tenía en una mano un *palo becerro*, como lo llaman, yo solo gritaba que no le siguiera pegando y fue cuando levantó el palo a pegarle. Ella puso la mano y pegó un grito desesperado. Cuando la vio quejándose se fue y la dejó ahí en el piso con su dolor. Le había partido la mano. Los demás solo nos miraban y no decían nada. Sería porque él era el dueño de ese restaurante y porque lo conocían muchas personas. Cuando nos devolvimos, ese viejo le dijo a mi madre que nos fuéramos, que él no quería

saber nada de ella. Fue tanto el sentimiento, que me puse a llorar y mi madre, también. A ella solo se le escuchó que nunca más los iba a molestar en la vida. Y nos fuimos para la Catedral o mejor dicho para la casa cural. Yo no sé qué íbamos a hacer allá y le decía a mi madre que nos fuéramos. Entonces, rezamos y nos fuimos a coger el tren. Recuerdo que me encantó esa laguna tan grandota, la de Fúquenes.

Cuando llegamos a Bogotá, mamá se mandó a enyesar la manito y así seguía trabajando. Me di cuenta de que mi madre había sufrido mucho y que además siempre la habían despreciado. Por eso sería que ella no contaba con su familia. También supe que tuvo doce hijos, siete mujeres y cinco hombres, que yo era la última, la raspadura de la olla, como ella lo decía, y que había perdido tres por los abortos que le había causado ese señor que era nuestro padre, que fue mucho el maltrato que le daba. Supe que, por parte de él, tenía más de diez hermanos.

Fueron muchas las cosas que me contaba porque parecíamos dos viejitas viviendo solas pero a pesar de todo lo que había pasado, mi madre decía que uno tenía que ser puto, liberal y macho. Mi mamá era muy activa y siempre se las ingeniaba para conseguir trabajo.

A mi madre, cuando se le metía algo en la cabeza, era lo que ella dijera, y nada más. De un momento a otro mis hermanos hicieron la primera comunión y, a los meses, los sacó del internado. Esa fue la vez que empezamos a vivir como una familia. Mamá era muy verraca y luchadora. Ella solo buscaba que siguiéramos estudiando en un buen colegio y decidió que nos fuéramos a vivir al barrio El Carmen, al sur, al lado de un colegio muy grande que se llamaba, o se llama Instituto Tecnológico del Sur. Todos entramos a estudiar: ahí daban el almuerzo a las de primaria, también había banda de guerra y nos llevaban a marchar a los barrios

cercanos como el Claret. A mí me gustaba el inglés, y todo lo del colegio. Me encantaba que nos llevaran a la iglesia a misa porque me gustaba oír al padre.

En el colegio era muy traviesa porque era muy brusca y altanera. En ese tiempo los profesores le pegaban con regla en las manos a los estudiantes o los castigaban poniéndolos de rodillas con dos ladrillos en las manos. También me gustaba cuando nos hacían gimnasia, jugar basquetbol pero nosotras las niñas no podíamos meternos por donde entraban los estudiantes de bachillerato, porque muchas veces tumbaban a las pequeñas. Mis hermanos estaban formándose, todos como unos hombres, muy buenos estudiantes, pero yo era muy indisciplinada y no me gustaba que me dijeran nada porque me ponía muy histérica y me reventaba la nariz y me halaba el cabello. Mamá no podía ir muy seguido al colegio por su trabajo, y ahí comenzaron a abusar de mí. Yo no decía nada por mi madre, porque sabía que me esperaba una buena pela, y por eso me quedaba callada.

Continuamos estudiando como siempre hasta que salimos a vacaciones. Yo seguía acompañando a mi madre para todos lados y fui aprendiendo a abrir más los ojos, a darme cuenta de muchas cosas. Mamá también les pegaba a mis hermanos muy duro, y yo viendo eso me le salía para la calle y me pasaba en la casa de una compañerita o sacaba un pretexto de algo. Cuando estaba en la plaza, yo me acomedía a ayudar y, entonces, me daban un mercadito, pero no sé por qué mi madre era tan malgeniada. Para que mi hermanita no se aburriera la convidaba a irnos para el Claret. Como cerca quedaban los almacenes Tía y Ley, nos entrábamos. Yo era la que cogía cosas y me las guardaba dentro de mis interiores. A ella le daba mucho miedo y se asustaba.

Las cosas que sacaba eran galguerías y algunas cosas para llevar al colegio cuando volviéramos a estudiar.

Nuevamente llegó la hora de seguir estudiando y, como siempre, la alegría de encontrarnos con las compañeritas. Mamá se preocupaba para que no nos faltara nada a ninguno de nosotros. Me acuerdo mucho que en ese tiempo escuché la noticia que el rey de las artes marciales había fallecido, por el año 1974, si no estoy equivocada. Todas las muchachas guardaron minutos de silencio. A mis hermanos le gustaban mucho las películas de Bruce Lee, muchas veces ellos se iban a verlas. Un día estábamos en clase de deporte cuando me dio la idea de entrarme a uno de los salones de bachillerato, sola, y me puse a esculcar las maletas. Les sacaba la plata y algunos relojes y como si nada, iba saliendo y me puse a ver jugar fútbol y después nos fuimos para la casa. Yo no me dejaba ver las cosas de mis hermanos, las guardaba muy bien. Como siempre, mi madre nos traía la comida de donde ella trabajaba, en un restaurante de Teusaquillo: ella era jefe de culinaria. Al otro día volvíamos para el colegio, me puse a gastarle a mis compañeritas galguerías y cuando llegó la hora de entrar a clase llegó el rector del colegio y nos llamó la atención por lo que había pasado. Como nadie sabía nada, él nos prohibió estar a las horas que estuvieran los del bachillerato jugando.

Yo era muy insoportable. Muchas veces me quedaba jugando hasta que entraban los estudiantes de la noche y así continuaba. Un día el rector me cogió de las orejas y me puse a llorar. Ya no quería estudiar ahí y más me portaba mal.

Así transcurrían los días y los meses. Yo seguía ocultando que abusaban de mí; no decía nada porque me daba miedo que se formara un problema y más, conociendo a mi madre.

A mi hermana la sacó mi madre de estudiar cuando estaba en segundo de bachillerato y la llevó a trabajar. En esos días nos fuimos para el centro y nos entraron en la

iglesia de San Francisco. A mí me gustaba mucho orar, y a mi hermana también, pero fui yo quien dio la idea de sacar las monedas o billetes de las alcancías con un gancho de pelo. Mi hermana solo me decía que era pecado pero realmente yo no le ponía cuidado a las cosas que me hablaba.

Cuando llegó la hora de la partida de mi hermana para trabajar, me fui con mi madre a dejarla en el barrio El Chicó. Era una casa muy grande, muy bonita. Llegó un señor muy alto con su esposa, supe que era doctor de la Clínica de Marly. Ahí quedó mi hermana muy bien. Por ese barrio había, o hay, unos jardines muy bonitos y a mí me gustaba arrancar las flores para hacer ramilletes y llevárselos a papito Dios, o para las almitas. Por esa época mis hermanos le llamaron la atención a mamá porque yo no quería ir a estudiar. Ellos si siguieron en el colegio porque eran buenos estudiantes.

Fue cuando mi madre le dio por viajar a La Vega (Cundinamarca). Esperó hasta que salieron mis hermanos a vacaciones y nos fuimos. Era un pueblo muy bonito y mi hermana nos recibió súper bien. Allí duramos algunos días y en ese tiempo aprendí a coger café. Me tocaba madrugar e irme para los matorrales, me gustaba comer mucho *cachipay*, o sea chontaduro y caña. La pasábamos muy rico, mi cuñado era muy trabajador y mi hermana estaba esperando bebé.

Volvimos a Bogotá por los estudios de mis hermanos, que ya estaban hechos unos hombres. Uno de ellos quería entrar a la Marina. Cuando llegó el día de irse a estudiar electrónica, le tocaba a mi madre despedirlo detrás del aeropuerto Eldorado. Yo quedé asombrada de ver los aviones tan grandes. Las madres de los muchachos lloraban porque era mucha nostalgia saber que no los iban a volver a ver por un buen tiempo. Los familiares se quedaron muy tristes, igual que nosotras. Iban para Coveñas.

Después de haberse ido el avión con todos, nos fuimos para el aeropuerto Eldorado. No sé cómo hizo mi madre para que nos dejaran ver un avión por dentro, y cuando subimos a uno de Avianca, era tan grande que tenía dos pisos. Me gustó mucho ver los oficiales y le dije a mamá que cuando fuera grande quería ser azafata. Ella me decía que para eso tenía que estudiar. Yo siempre era muy curiosa y mamá era muy alegre. Le gustaba cantar y bailar tango, le gustaba mucho la música vieja como también ver películas. Muchas veces me llevó a cine. A mí me gustaba todo cuando estaba con mi madre. También le gustaban mucho los toros, eran tantas las cosas que yo veía. Un día me comentó que teníamos un primo cantante y era Raúl Santi. Nunca me imaginé que él era algo de nosotros. Sin embargo a nosotras no nos importaba la familia de mi madre, ni mucho menos la familia de nuestro padre. Mamá dijo que solo nosotros éramos la única familia. Y por eso no nos gustaba cuando nos hablaba de ellos.

Fui creciendo y comprendiendo más las cosas. Llegué a acostumbrarme a tener lo mío, no me gustaba pedirle nada a mamá. Yo seguía haciendo cosas como entrarme a los almacenes y sacar mercancías. Mi otro hermano se fue para el ejército y fue teniente. Yo quedé sola con mi madre y seguí estudiando. Estuve en muchos colegios. Así pasó el tiempo y seguía recibiendo maltratos. Yo me aburría y me sentía sola, hasta que un día me fui de la casa para el centro. No conocía a nadie, sólo sabía que una debe hacerse amigos sin importarle quien sea, también aprendí que una debe ser comedida porque el que es acomedido se gana lo que está escondido, y no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy; todos esos dichos o refranes mi madre nos lo enseñaba como muchas cosas más, y así fui haciéndome conocer de las personas que me rodeaban. Fui cogiendo confianza con

una señora que vendía limones en la trece y, además, en ese sitio siempre han vendido caldo de gallina y el periódico a la madrugada. Me hice muy amiga de la hija de la señora y muchas veces nos poníamos a caminar en el centro. Conocí más personas y fui colaborando, ayudando a vender los limones y también el periódico en los barrios del sur.

Yo me quedaba en la casa de mi amiga, que quedaba en Las Cruces, un barrio muy pesado en todo sentido. Y así duré muchos días y a la casa iba de vez en cuando.

De nuevo cogía la calle sin importarme nada y seguí ayudándole a la señora con más confianza. Con mi amiga, que era mayorcita que yo, nos íbamos para la veintidós con décima. En ese sitio se veían muchas personas, como mujeres de la vida fácil, homosexuales y mucho vicio. Terminé ayudando a vender los *baretos*. Ya éramos un buen grupo de niños y la pasábamos muy chévere, a pesar de los peligros de la calle porque en ese tiempo cogían a las mujeres y las violaban. Existía mucho maltrato hacia las mujeres y, a veces, las veía con los ojos negros.

Para mí era muy increíble las cosas que le pasaban a mis amiguitos. También en ese tiempo había muchas niñas de la vida alegre y a mí muchas veces me molestaban, pero más de una vez dije que yo no me rebuscaba, y así mismo les contestaba a los que me llamaban.

A mí me gustaba estar con ellas porque me sentía muy protegida y les tenía mucha confianza. Así fue que me hice amistades, sin importarme quien fuera. Pasaron los días y yo seguía así, sin saber qué hacer, a pesar de que mi madre me daba todo lo necesario, pero eso no lo era todo. Yo no quería que me siguiera tratando mal. Era raro porque, a pesar de todo, mi madre también me consentía mucho, me daba muchos consejos que a mí no me servían de nada, porque sólo duraba algunos días muy juiciosa.

Fuimos a ver a mi hermana en el barrio El Chicó pues llevábamos muchos meses sin verla. Cuando llegamos, se encontraba el doctor con su señora. Ella era muy bella persona, me encantaba la forma como nos atendían, era tan bonita la casa que había de todo un poquito, pero más me asombró cuando arreglaron la mesa para comer y vi que los cubiertos eran de pura plata, igual que las vasijas. Mi hermana estaba muy bonita y gordita.

Me llevó para el cuarto de ella y la pasamos súper bien. De ahí nos fuimos y, como hacía antes, me entraba a los jardines para arrancar las flores más lindas, y nos fuimos para la Iglesia. Mi madre siempre arreglaba el santuario, a mi Señor, a la Virgencita y a algunos de los santicos. Para mí era muy lindo lo que le veía haciendo a mi madre. Definitivamente ella era muy espiritual, era muy buena, muy caritativa, muy noble.

Y así pasó el tiempo. Ya mis hermanos estaban para salir de las fuerzas militares y era una tortura más para mí, de solo pensar que me iban a hacer la vida imposible, porque ellos iban a saber lo que yo había hecho y lo que estaba haciendo.

Sabía que otra vez me iban a poner a estudiar. De tanto en tanto me volaba de la casa y me reunía con mi gente y me enseñé a hacer muchas de las cosas que ellos hacían. Cuando regresé a la casa, mi hermanito el que estaba en la Marina, había regresado. Estaba más acuerpado y muy simpático. Él era muy sonriente, le gustaba mucho jugar basquetbol y la música de los años 60 y la salsa, como también le gustaba mucho dibujar los barcos y los aviones de guerra. Eran tan hermosos los dibujos que los guardaba en el folder, y como estudió electrónica, buscó un buen trabajo en la empresa Pinski. Era muy juicioso, buen hijo, buen hermano y buen amigo. Tenía muchas amiguitas.

Nos fuimos a vivir a otro barrio y fue cuando mi madre me puso a estudiar enseguida de la Universidad de la Salle. Ahí estuve, como también en otros colegios cerca del centro.

Mi madre deseaba que hiciera la Primera Comunión en la Catedral y me inscribió para que me fuera preparando. Ella era muy conocida de una doctora de Medicina General, que la estimaba mucho y me quería demasiado. Ella fue la que me dio el vestido de mi primera comunión, pero como todavía me faltaba tiempo para hacerla, mi mamá lo guardó. Ella seguía tratándome mal, me hacía muchos escándalos, y a mí me daba pena. Un día me iba para la Catedral a la preparación y salió peleando conmigo. Yo le contesté mal y salí corriendo. Cuando bajé las escaleras sentí un golpe doloroso y fue cuando me vi llena de sangre. En ese momento llegaba mi hermano y se puso de malgenio con mi madre, le dijo que ni a los animales se le pegaba así. Él me llevó para la Cruz Roja y ahí me cogieron trece puntos internos y trece por fuera; desde ese día me quedó un hematoma en la cabeza. Después fui para la preparación en la Catedral y los niños se burlaban al verme la parte calva, y me preguntaban qué me había pasado. Yo les dije que mi mamá me había pegado porque le había contestado mal.

Así seguí hasta el día que hacía mi Primera Comunión. Yo estaba muy feliz, sobre todo porque tenía dos vestidos para hacerla. El que nos celebró la Primera Comunión fue el obispo Rubiano, que ahora es cardenal de Bogotá. Fueron maravillosos momentos los que pasé. Con los días yo seguía estudiando juiciosa pero me salía a jugar, con las niñas del barrio, golosa y a los ponchados, y por las noches nos reuníamos en la iglesia de Egipto para jugar fútbol a las escondidas.

Transcurriendo el tiempo, mi madre bajaba a hacer una diligencia y fue cuando la atacó una perra, y le mordió

el labio y se lo dejó colgando. Cuando nos avisaron que estaba desesperada por el dolor nos fuimos para la Cruz Roja. Allá la atendieron pero su boquita quedó desfigurada. Entonces, nos fuimos para El Bogotano, que era un periódico, y la directora era Consuelo de Montejo. Mi mamá se hizo muy amiga de la doctora Consuelo y ella le ayudó para que se fuera para la Alcaldía de Bogotá. Al otro día salimos en primera página las dos. Y con ese periódico mi madre podía hacer vueltas para que no le quedara su boquita mal. Ahí fue cuando conocí la Gobernación, el Concejo de Bogotá y la Sociedad de San Vicente de Paúl. En esos lugares ayudaron a mi madre y en la Cruz Roja le daban los mercados.

Ella no sé cómo hizo pero llegamos a entrar a la Presidencia de la República. En ese tiempo quedaba al frente del Teatro Colón de Bogotá y el que estaba en el mandato era el doctor Alfonso López Michelsen. Quedé súper asombrada de ver los cuadros, la casa tan hermosa y, además, nos recibieron súper bien.

Mamá habló un largo rato y como yo era muy curiosa, me fui a ponerle cuidado y fue tan hermoso el doctor, que hizo una carta recomendándola, de parte de él, para el cirujano plástico de la 47 con Avenida Caracas, en Teusaquillo.

Mamá le dio las gracias con muchas bendiciones y se sentía muy feliz porque sabía que ya, dentro de poco, todo volvería a la normalidad de quedar bien de su labio. Y así fue, llegó el día de la cita con el cirujano; temprano le hicieron la operación y le colocaron un injerto de piel. Quedó tan bien que la alegría de mi madre se le veía mucho en la cara.

Amorosamente mamá se despidió del cirujano y nos fuimos para la 37. Cuando llegamos a una casa muy grande, yo le pregunté que quién vivía ahí. Ella me contestó que era una vieja amiga, y era la doctora María Eugenia Rojas, la hija del doctor Rojas Pinilla. La pasamos súper bien, nos

dieron una buena comida, y a mí me dio regalos. Así fui conociendo las amistades de mi madre. Mis hermanos eran tan independientes que trabajaban para sus estudios de la jornada de la noche y tenían muchas amistades. Mis hermanas también eran unas muchachas muy sanas en todos los sentidos.

Un día mamá decidió que nos fuéramos a vivir detrás de la Biblioteca Nacional. En seguida quedaba la cadena de Inravisión de Carlos Pinzón. Había muchas personas que le ayudaban a mi madre, mis hermanos muchas veces iban a verla y se quedaban un buen rato con nosotras. Yo, a veces, me iba con ellos y así fui conociendo sus amistades. Por esa época conocí a dos niñas en ese sector de la 13, al lado de los esmeralderos, y a muchas personas que vendían muchas mercancías, y me hice amiga de ellas... Conocí las esmeraldas.



Fugas
de tinta

2

Bucaramanga
DIRECTOR DE TALLER: FABIÁN MAURICIO MARTÍNEZ

Manatíes pachangueros

EDGAR CASTILLO CASTILLO

En el Magdalena Medio santandereano, más exactamente en Sabana de Torres, existe un lugar muy especial donde la gente observaba en los últimos años, en el municipio de El Cerrito, algo anormal y que no se ha podido explicar.

Cuenta Morita, un humilde habitante que tiene a su cargo el cuidado de los hijos más especiales de esta tierra, los manatíes antillanos de la Ciénaga de Paredes, que estos habían tenido un cambio inesperado cuando se celebraban las tradicionales ferias y fiestas. Resulta que los manatíes escapaban a la luz del día y preferían salir de noche. Los habitantes escuchaban música y una gran algarabía que provenía de la ciénaga.

Una de esas noches el señor Morita y los demás habitantes de El Cerrito decidieron tomar sus canoas y remos para salir en busca de una respuesta al alboroto que se escuchaba en la amplia ciénaga donde vivían los manatíes. Con mucho cuidado, Morita y los demás iniciaron su recorrido nocturno por la vertiente de la ciénaga. Cuando llevaban más de una hora remando sin parar escucharon más cerca la música y la algarabía. Vaya sorpresa, pues todo el mundo pensaba que los manatíes estaban en peligro inminente, pero no, no era nada de eso, pues al llegar a la gran entrada

de la ciénaga, lo que encontraron fue lo más mágico y especial de todas sus vidas...

La Ciénaga de Paredes estaba totalmente iluminada, repleta de hermosas luciérnagas que con sus bombillas naturales brindaban todo su esplendor sobre el agua. La música era entonada por los grillos, las cigarras y las ranas que con sus glamorosos sonidos alimentaban la fiesta nocturna que allí se vivía. Sin embargo, lo más especial era escuchar el canto de los manatíes, que en el agua bailaban y formaban la gran bullaranga a la que todos los habitantes tenían miedo.

Fue tanta la impresión de la gente que se dejaron contagiar de aquella fiesta, y aunque no se veía igual que en el centro de las ferias del municipio, era más especial por el grupo musical que amenizaba la parranda. Entonces habitantes y manatíes bailaron, rieron y cantaron hasta el amanecer de aquel día.

Luego Morita y los demás habitantes contaron lo sucedido, y es por eso que, desde esos días, las gentes aldeñas al lugar están prestas, en el mes de agosto de cada año, para vivir la fiesta y la parranda al lado de los manatíes pachangueros.

Propiedades de un Arracacho

MARIO GERMÁN AYALA TRIVIÑO

Pasando por el río que cruza y lleva el nombre de ese hermoso Valle del Cauca, observando los muchos trapiches e ingenios que dejan impregnado el ambiente con ese delicioso olor de la caña, encontrándose en el camino una ciudad Señora y otra Industrial, se llega a la sucursal que Dios tiene en la Tierra, donde abundan el *cholao*, en el calor del día y, en las noches, los juegos de póker acompañados de canecas y botellas de aguardiente blanco, y las mujeres con más sabrosura que se puedan observar.

Esto fue lo que apreció Eduardo, después de emigrar por motivos laborales de la capital caldense, pasar por Pereira y recorrer suelo quindiano. Quedó atónito de ver tanta caña e hizo una parada en Buga, queriendo pagar una promesa a aquel muñeco negro colgado de una cruz, el que le da renombre a esta ciudad. Un par de días después siguió su travesía pasando por Ginebra, El Cerrito, Palmira y luego Cali. De entrada le disgustó ver tantos *niches* y fueron precisamente cinco de éstos, quienes le dieron la bienvenida, despojándolo de gran parte de sus pertenencias al bajar del bus.

Como pudo, llegó a la sede de la empresa que lo había contratado. Cómo olvidar aquel día caluroso de marzo en

que lo conocí en la agencia de viajes y me contó su primera travesía por mi hermoso departamento.

Eduardo era un man blanco, con un llamativo lunar alrededor del ojo derecho, de estatura media, cabello castaño y su ordinariedad resaltaba al hablar, y ni qué decir del vestir. Llegó maldiciendo todo de la ciudad: el calor, los trancones y especialmente la abundancia de negros. Así se presentó ante todo el equipo de trabajo. Estoy seguro de que todos lo percibieron igual que yo, ya que de inmediato lo apodaron *Arracacho*.

Con esa primera impresión, sólo una persona –doña Teresita Hernández, un alma de Dios– se atrevió a hospedarlo en su casa. Con lo que ella no contaba era que Eduardo fuera severo borrachín y que, una semana después, se le metiera al cuarto de su hija “para comérmela”, como dijo el Arracacho llevado por el trago. Por eso quedó de inmediato en la calle y al día siguiente no hubo nadie en la oficina que no se enterara de aquel suceso.

Por esos días estaba muy contento estrenando un apartamento muy bacano por allá en Floralia, cerca de la casa del negro Palomino. Pues bien, allí me llegó Eduardo con la gran idea de compartir la renta y cometí, no sé si la osadía o el error, de alojarlo.

Poco a poco nos conocimos mejor y luego éramos casi como hermanos, a pesar de todo, porque con este man me gané todos los problemas que no había tenido en mi vida. Sobrio los armaba, borracho los multiplicaba. Buscaba pelea donde no la había o se metía donde la encontraba.

¿Que las mujeres de Cali son unas flores? Por supuesto, son unos ángeles caídos del cielo. Mientras yo las piropeaba decentemente, Eduardo torcía la boca con morbo y les lanzaba un “shhh, perra tan rica”, o un “mamita, me la

como y no le cobro”, con su singular acento paisa; lo peor es que no le importaba con quién iban acompañadas.

En ocasiones se levantaba buenos cacaos, como para variar los gurres con los que siempre se le veía. Su dinero era invertido en mujeres y trago. Por eso cuando las llevaba al matadero, el desgraciado aprovechaba mi ausencia, violentaba mi cuarto y lo cogía de motel, porque en su cuarto no había más que un colchón y un par de mudas de ropa que no combinaban entre sí. Por esto tuvimos miles de discusiones, porque cuando yo llegaba a hacer lo mismo, tenía que esperar un par de horas a que me desocuparan.

El dueño del apartamento era don Antonio Gómez, un man cuarentón, que se volvió uña y mugre de nosotros, y siempre que nos caía lo hacía acompañado de buen trago y buenas mujeres; de este modo resultaban severas rumbas, que en ocasiones eran opacadas por la aparición de la esposa de don Antonio y su sermón hacia nosotros por acolitarle ese desorden a su marido.

Al Arracacho le serví de guía y así fue conociendo poco a poco la Sultana del Valle; lo llevé a Juanchito, a unos metros del puente pa´ allá, donde estaban los mejores rumbaderos de la ciudad, pero jamás pudo cogerle el paso a la salsa. Siempre fue el hazmerreír de todos, no sólo por el baile, sino por los jeans botatubo con zapatos mocasín, medias de cualquier color y camisa pintada dentro del pantalón.

Eso sí, los domingos el desenguayabe era junto al río Pance, acompañados de lindas mujeres y algunos conocidos.

Pronto este man se movía como pez en el agua por la ciudad, aunque todo le molestaba y sacaba a relucir su soez y peculiar vocabulario.

A pesar de todo, era un responsable y efectivo trabajador, aunque un vago fuera del trabajo. Sin embargo, muchas

veces discutíamos, sobre todo, cuando don Antonio era sorprendido por su esposa en mi cuarto con una mujer. Un día la esposa del dueño del apartamento nos echó a los dos a la calle. Maldito Arracacho, le tendí la mano y me dejó sin casa. Al reclamarle, me gané una insultada tenaz.

No sé cómo ni por qué, conseguí otro apartamento en compañía de esa eminencia, pero en esos momentos me di cuenta que ese ser tenía al menos una cosa buena para resaltar: su hermana, una pelada relinda y sin ningún parecido con él, que llegó de Manizales para acompañarlo y buscar suerte en una academia de modelaje. Mejor huésped no hubiese podido tener.

Después de rumbeármela resulté agarrado con Arracacho y éste, de la piedra, se fue del apartamento. Lástima que se la llevó porque la extrañaba mucho y yo hubiese dado todo porque la dejara conmigo. Así, volvió la paz y tranquilidad. Así, concluí que Arracacho era el apodo más apropiado para aquel raro espécimen y, en mi léxico personal, quedó el término grabado como símbolo de ordinariez y vagancia.

Nerón, nueva criatura

JHONATAN ALBERTO LONDOÑO TARAZONA

Al norte de Bucaramanga, en un barrio llamado La Olla, donde el olor a sahumero se esparce como cuando baja la niebla por las mañanas, las pepas, el bazuco y el sacol fluyen sin problemas por estas calles. En medio de la asfixia, Nerón, un poco bobo, un poco ido, escucha la música de la cumbia, esa melodía pegajosa que bailan jóvenes de todas las edades en este lugar. A sus veinte años, ha dedicado diez a dañar su cuerpo con toda clase de mezclas y drogas. Esto lo hace parecer más viejo. Nerón tiene una mirada maquiavélica, labios bien escarpados de tanto fumar, las yemas de los dedos quemadas y tintadas de hachís, y una dentadura descuidada y amarillenta.

En el barrio, en un lugar llamado La Pesa, llegaban muchos ganaderos para vender la carne para toda la comuna. Quizás ese no era el día de despegue, pero Nerón y su secuaz andaban *amurados*. Decidieron salir a patrullar a ver a quien robaban, con tan mala suerte que escogieron la víctima menos apropiada, ya que otra banda le seguía los pasos al mismo marrano y como si fuera un encuentro con la muerte, Nerón y su secuaz pasaron de cazadores a cazados.

–¡La liebre, la liebre! –gritaba Nerón, quien desenfundó su arma muy tarde, cuando su secuaz yacía en el piso lavado en sangre.

Nerón no pudo evitar la lluvia de tiros que le atravesó la mandíbula y parte del cuello. La luz de la vida se apagaba: una vida llena de sufrimientos, de venganzas y trasnochos, de cosas mal hechas y regidas por la ley de “el que las hace las paga”, pero Nerón tuvo otra oportunidad, no como su secuaz que moriría después de durar un largo tiempo en cama.

Al salir del hospital y con medio cuerpo semiparalizado, a Nerón se le metió la idea de visitar la tumba del que hasta hace unos meses era su compinche de hazañas. Para él era imposible pensar que su socio ya no existía. Se sentó en el prado y empezó a hablarle a la lápida como si lo estuvieran escuchando. Al final, dijo en voz alta:

–Mi hermanito, cuídeme, no me deje morir.

Se persignó tres veces y regresó a su guarida.

El tiempo pasó y Nerón sentía que su cuerpo empezaba a mejorar, lo que lo hizo perder el miedo y estar de nuevo al borde del abismo. Como no podía volver a robar, por su estado físico, pues ya no era el mismo ser agresivo y cortante, decidió comercializar drogas, pero cada quien con su arte y en una redada que hizo la policía, le echaron guante.

Tuvo que soportar el calvario que se vive en la cárcel, cuando se llega por primera vez. Sin embargo, y aunque parezca increíble, ese infierno fue el cielo para Nerón, pues la prisión lo hizo llenar de valor y se montó en la película de recuperarse: hizo terapia, saltó lazo, practicó gimnasia y, en menos de dos años, recuperó los movimientos de su mano y su pie derecho. Nerón se convirtió en un ejemplo de superación y por fin fue la persona que debió ser desde hacía mucho tiempo.

El mismo día que escribimos este cuento, Nerón firmó su libertad y está a la espera de ella.

La perrada de Marcos

MIGUEL ANTONIO BUENO AMAYA

Marcos era hijo de don Luis y doña Stella. Don Luis era el dueño de un aclamado restaurante, famoso por su deliciosa pepitoria y el cabro tierno y fibroso. Doña Stella, aunque no le iba igual de bien que a don Luis, lograba alcanzar muy buenos ingresos con una veterinaria que tenía en uno de los barrios más prestigiosos de la ciudad. Marcos, en las vacaciones de mitad de año, ayudaba a sus padres en las diferentes labores de sus negocios, ya que el resto del año lo dedicaba a sus estudios, porque sus padres eran muy exigentes con él; por lo tanto Marcos era un muchacho muy educado e inteligente y, sobre todo, muy práctico en sus cosas.

En una de sus vacaciones, y por azar del destino, su padre tuvo que hacer un viaje de negocios y lo dejó encargado del restaurante; todo iba magníficamente hasta que un día los criaderos de cabro dejaron de funcionar, ya que sus animales adquirieron una rara enfermedad. Marcos en su desesperación no sabía qué hacer, porque su padre le exigía mucha responsabilidad con todos los trabajos que le encomendaba. Entonces fue a pedir consejo a su madre, que no supo tampoco qué hacer, pero le pidió el favor que mientras encontraba solución al problema, se encargara de llevar los perros a una perrera cerca a la ciudad. Marcos fue con los

animales para la perrera, pero la encontró cerrada, ya que la habían vendido hacía poco. Entonces volvió a la veterinaria y le contó todo a su madre.

Doña Stella, persona de sabiduría, encontró que perros y cabros son animales muy parecidos en sus costumbres y fisiología. Le dijo entonces que ya tenía la solución para salvar el restaurante, y le pidió que se fuera tranquilo porque esa misma tarde le haría llegar los cabritos que tanta falta le hacían. Marcos se marchó y, desde ese momento, su madre se puso en la tarea de sacrificar y descuartizar a los perros.

Los nuevos cabritos llegaron al restaurante. Durante los siguientes días, los clientes comentaban satisfechos sobre el buen cabro que estaban consumiendo. Las ventas empezaron a subir y a dar mayor beneficio y rentabilidad. Así pasó el tiempo hasta que un día después de muchos meses, un inspector de salud llegó a hacer la visita de rutina a la veterinaria, con tan mala suerte para doña Stella que la encontró con toda la carne lista para ser despachada al restaurante, junto a todas las cabezas de los perros. El inspector de salud pidió una explicación y doña Stella muy asustada no supo qué contestar. Finalmente, le dijo que se trataba de animales que los clientes traían para ser sacrificados por su edad o por alguna enfermedad. El inspector no creyó esa mentira y la llevó a la comisaría. Al saber esto, don Luis acudió rápidamente en su ayuda, pero las autoridades al investigar y, después de atar cabos, concluyeron que ella con una veterinaria y él con un restaurante hacían un muy buen equipo.

Doña Stella pasó una muy buena temporada en la prisión. Don Luis sufrió por la mala fama que adquirió su restaurante y cayó en la quiebra. El pobre Marcos se quedó sin queso y sin limonada, inocente de todo lo que había sucedido en el restaurante y en su familia.

Fugas
de tinta

2

Barranquilla
DIRECTOR DE TALLER: ANTONIO SILVERA

Cuando llora un guerrero

RICHARD ALBERTO MARTÍNEZ

En la hacienda Las Margaritas desde hacía muchos años vivía la familia González. Don Jacobo, doña Clementina y sus dos hijos, Eduardo y Fabián. Aquella familia estaba en su finca el día diez de enero de 1946, deleitándose con el atardecer y la lenta caída de la sombra de la noche, arrojando las cordilleras del seno de Los Andes en San Vicente de Chucurí.

Sobre las siete de la noche, Eduardo, el menor de los hijos, ya se encontraba en un sueño profundo, mientras que Fabián estaba descalzo al lado de las matas de plátano, cazando candelillas con las cuales acostumbraba a jugar todas las tardes, utilizándolas como linterna.

–Fabián ya es hora de dormir –le dijo su padre.

–Ya voy, papá, cazo la última y me voy a dormir.

Las herraduras de unos caballos golpearon el camino empedrado y a cada segundo se hacían más fuertes. Las linternas se veían por todas partes y, de repente, la casa estaba llena de chulavitas, los godos de la época, la policía conservadora del Gobierno.

Algunos se apearon de los caballos.

–¡Buenas noches, cachiporros hijueputas, hoy se van a morir todos! –gritaron los recién llegados.

–Pero... ¿por qué, señor?, no somos liberales, sólo somos campesinos. Por favor, no nos maten –le suplicaron al jefe de los chulavitas.

El comandante chulavita, un hombre corpulento, cogió a doña Clementina por la cabellera y la arrastró hasta el patio. Igual hicieron con don Jacobo. Eduardo, de escasos siete años de edad, empezó a llorar desesperadamente. Un chulavita lo llevó hasta el patio y de un sólo machetazo lo decapitó. Su cuerpo se desplomó haciendo pequeños movimientos, mientras su cabeza rodó cerca de las matas de plátano donde se escondía su hermano Fabián.

Mientras tanto, el comandante Delhi Carrizo mataba a don Jacobo y a doña Clementina, destrozándolos a machetazos. Los gritos fueron desgarradores, de dolor y de muerte, confundándose con los chillidos de los cerdos y los aullidos de los perros que tampoco se salvaron de la masacre.

Fabián, acurrucado, agazapado en las matas de plátano, veía aquella carnicería. Por un momento pensó en salir corriendo, tomar una escopeta de fisto y un machete y defender a su familia, pero las piernas no le daban, quería gritar pero no pudo hablar, tampoco pudo llorar. Estaba paralizado, estupefacto, mirando al diablo visitando la finca de Las Margaritas y despachando al más allá a los González. Los chulavitas se llevaron la carne de cerdo y las gallinas que habían matado. Empacaron todo lo que les servía, lo amarraron bien a la carga de las mulas y tomaron guarapo para calmar la sed, tal vez la sed que siempre tenían. Luego le metieron candela al rancho y en minutos todo quedó hecho cenizas.

Los chulavitas partieron rápidamente, atravesaron el Cerro de La Aurora y antes del amanecer acamparon en Alto Grande. Esas fueron las órdenes de Carrizo y, así, el grupo pudo continuar su recorrido de muerte por la región del Magdalena Medio.

Pasados unos minutos, Fabián González volvió en sí, una fuerza poderosa lo empujó a levantarse y caminó hasta el patio donde estaban los pedazos de sus padres. Adolorido, se preguntaba: “¿por qué?, ¿dónde está Dios?, ¿por qué no se salvaron mis padres?”. Y sobre los cuerpos despedazados Fabián González juró vengarse, matar hasta el último de los Carrizo, sobre todo a Delhi Carrizo, el mayor de ellos.

Fabián se dirigió hacia donde los vecinos más cercanos: los Méndez.

–Don Luis, los chulavitas mataron a mi familia, por favor, acompáñeme.

En minutos, quince obreros y don Luis fueron a ver lo sucedido y se encontraron con el olor a sangre, a muerto. Fabián no sintió más miedo, sintió rabia y una inmensa sed de venganza. Tampoco lloró, no pudo hacerlo. El entierro fue de inmediato, sin sermones, sin misa, sin ningún protocolo. Los enterraron en la misma finca y sobre las cruces de madera los marcaron con letras de pintura roja, como una señal de venganza. Sólo doña Juanita les rezó un rosario.

Fabián González se sentó sobre una *bureta* del corral. “¿Ahora qué hacer, para dónde ir?”. Don Luis Méndez se acercó:

–Mijo, nos vamos, esos asesinos algún día la pagarán.

Fabián se fue a vivir a la finca de los Méndez. Allí se ganó el cariño de todos y muchos trataron de olvidar lo sucedido. Tres meses más tarde volvió a escuchar el estruendo de las herraduras en el camino real, muchos jinetes se acercaban a la finca. Fabián corrió, cogió una carabina calibre veintiocho, una caja de tiros, y se atrincheró en el corral. Estaba feliz, pues iba a cumplir su venganza. “Por fin voy a matar a los Carrizo –se dijo mientras los caballos se acercaban–. Y al primero que tengo que matar es al hijueputa de Delhi Carrizo”.

Los jinetes llegaron, se apearon y saludaron muy amablemente:

–Señores, buenas noches. Somos guerrilleros liberales y necesitamos que nos colaboren con algo de comida y bebida. También necesitamos acampar pues estamos muy cansados.

–Claro que sí, señores, sigan, ya Juanita les prepara algo de comer –respondió don Luis.

–Supe de la muerte de los González –dijo Albán, uno de los comandantes liberales.

–Sí señor, fue horrible –dijo don Luis–. Esos godos asesinos los mataron. A propósito por acá está el hijo mayor que se salvó.

Fabián habló con los guerrilleros y les pidió que se lo llevaran. Al día siguiente partieron y ese día Fabián se convirtió en guerrillero. Ya no era un adolescente, era un hombre, se decía, y lo acompañaban cincuenta hombres para perpetrar la venganza. Junto a él se incorporó Carlitos, uno de los obreros de los Méndez, que se había hecho buen amigo de Fabián. Los dos hablaban de cómo serían los combates, muy felices, porque iban a matar godos pero sobre todo porque iban a matar a los Carrizo.

El primer combate se dio varios días después, cerca de Puerto Argilio, bajo Simacota. Con el cansancio a cuestas, Fabián empezó a escuchar los primeros tiros. El del punto de vanguardia fue el primero en morir, un tiro cierto le entró en la cabeza, estaban en medio de una emboscada chulavita. Sonaban disparos por todas partes, gritos de auxilio y rabia, y también los gritos del comandante Albán dando órdenes de combate:

–Cúbranse, disparen, la retaguardia siga conmigo.

El comandante Albán diseñó una contraemboscada por el flanco izquierdo, para sacar a sus compañeros del

centro. Cuatro muertos en total, seis heridos, uno de ellos de gravedad. Pudieron matar dos chulavitas. Fabián combatió con arrojo y verraquera, con odio, nada mal para un recluta. Terminado el combate recuperaron algunos caballos y a otros, mal heridos, tocó matarlos.

Con las medicinas que llevaban hicieron curaciones. Pero con un muchacho de unos veinte años de edad, natural del Carmen de Chucurí, llamado Emerson no había nada que hacer. Un disparo le había destrozado el abdomen. El comandante Albán lo miraba con angustia, diciéndole que todo había terminado, pero el muchacho con un gesto de valentía le respondió:

–Haga lo que tenga que hacer comandante, eso sí, prométame que seguirá matando chulavitas y dígame a mi madre, allá en El Carmen, que la quiero mucho y que cuide a mi pequeño Junior, que por él es que estoy combatiendo.

–Así será, compañero, se lo juro.

Fabián observaba con asombro. Esas palabras le llegaron al alma y por un instante recordó la escena donde los chulavitas mataron a su familia. Un profundo silencio rodeaba todo el lugar. Uno de los medios mandos interrumpió, diciendo:

–Comandante, el nuevo que le haga el favor, que ese pobre muchacho no sufra más.

Albán le alcanzó un machete bien afilado a Fabián y con su mirada le dijo qué tenía que hacer. Fabián cerró los ojos y de un solo machetazo le separó la cabeza al herido.

–Descanse en paz compañero –dijo el comandante Albán.

Fabián había matado a su primer hombre y no precisamente a uno de sus enemigos. No quería hacerlo pero tenía que cumplir la orden de su superior, por gestiones de la misma guerra. Por un momento sintió tristeza, aquello

era demasiado para él, aquella mirada fija de Emerson diciéndole “hágalo rápido” le penetró sus ojos. Pensó en llorar pero no pudo hacerlo, no fue capaz. Otro muerto, otra tumba, otra cruz que quedaba cerca del camino.

Acamparon y descansaron. Consiguieron víveres y municiones. Los comandantes se reunieron y planearon el ataque a El Carmen, pues allí estaban acampados los chulavitas. Ese era el mejor regalo para una persona que le había entregado todo a la guerra, Emerson, y de paso le llevarían la noticia a su madre.

En ocho días de camino tuvieron un combate por día. Fabián ya era todo un combatiente y pronto lo nombraron comandante de escuadra. Ya era un experto en el arte de la guerra, sus compañeros lo querían, lo admiraban, lo respetaban por su valentía y su arrojo en el combate y, sobre todo, por el odio que expresaba hacia los chulavitas.

A los godos los asaltaron en la madrugada, por sorpresa. En dos años era una de las peores derrotas que sufrían los chulavitas en aquellas tierras. Sesenta y siete muertos y veintidós heridos, siete de ellos de gravedad. Rápidamente los despacharon a machete. Los habitantes arengaban: “¡Vivan los liberales, muerte a los godos!”. Fabián se sintió feliz por el triunfo, pero rápidamente el ánimo bajó pues todavía no mataba a los Carrizo.

Entre los habitantes que ayudaron a enterrar a los muertos, estaba Rosalía, la profesora de El Carmen, que tal vez era la mujer más hermosa del caserío, “la más bonita” pensaba Fabián. Rosalía era adventista y le decía a Fabián que Dios lo cuidaba, lo protegía y eso lo haría todos los días de su vida. Entonces, Fabián respondió:

–Yo creo que Dios no existe. ¿Dónde estaba el diez de enero?, ¿por qué no salvó a mis padres?

Rosalía le tomó mucho cariño y aprecio a aquel

hombre endurecido por la guerra, lleno de odio, pero en el fondo con un gran corazón. Pensaba que era un hombre bueno, que por cuestiones de la guerra se apartó de Dios:

–Pero yo voy a orar mucho por ti para que te proteja, y algún día volverás a su lado –repetía Rosalía.

En El Carmen duraron varios meses organizando todo lo necesario. El comandante Albán un día formó a todo el personal y decidió dividirlo por escuadras para copar más territorio. Fabián González recibió diez hombres con sus respectivas dotaciones y su plan de trabajo. Ese día fue muy emotivo, pues no sabían si se volverían a ver. A Fabián le dio muy duro despedirse de Rosalía pues en el fondo le tenía mucho cariño, pero no lo quería aceptar porque en la guerra no hay tiempo para eso.

Rápidamente partió a San Rafael de Chucurí, donde un compañero liberal le dio una buena noticia: al otro día en la mañana cruzarían el río unos chulavitas hacia San Rafael. Así, cuando amanecía, asomó la canoa buscando tierra firme.

Fabián le silbó a su tropa y los chulavitas fueron capturados vivos. Inmediatamente los desarmaron y los amarraron. Al revisar los documentos, tres de los seis eran hermanos de Carrizo. Los interrogaron, contaron muy poco y dijeron que su hermano mayor andaba por los lados de San Pablo a orillas de Magdalena.

–Soy Fabián González de la hacienda Las Margaritas y hoy yo los voy a matar, así como ustedes mataron a mis padres y a mi hermanito.

Fabián les ordenó a sus hombres que mataran a los otros tres a machete y muy lentamente, sin piedad ni crueldad los fueron picando uno por uno. Él, personalmente, fue picando a los hermanos Carrizo, uno por uno, con odio y crueldad. Empezó por los pies y terminó en la cabeza.

Cuando terminó pensó que faltaba el último de los Carrizo y, como fuera, había que buscarlo por cielo y tierra.

Y pensaba también en la mujer más hermosa que había visto, Rosalía, la profesora de El Carmen, la que algún día haría su mujer y madre de sus hijos, pero por ahora solo eran sueños porque primero había que matar a Delhi Carrizo.

Lo buscó por las montañas, valles y llanuras, de día y de noche, pero no aparecía por ninguna parte. Llegando a la orilla del Magdalena emboscaron a Fabián y le mataron a la mayoría de sus hombres. Algunos se replegaron y dispersaron. Fabián se lanzó a las profundas aguas y, en la sombra de la noche, se escondió de sus enemigos que lo buscaban. Aquella noche sintió la muerte cerca y se acordó de Rosalía cuando le decía que Dios lo iba a proteger todos los días de su vida; aquella noche parecía un espíritu con la ropa pegada al cuerpo mojado, tiritaba de ese frío que le congelaba el alma, que le penetraba los huesos.

Cuando salió, se acercó al caserío y se recostó al lado de la puerta de una pequeña casa. En su interior hablaban de la palabra del Señor e invitaban a todos los hombres a dejar los odios y rencores y buscar el amor de Dios. Una fuerza extraña y superior lo puso de pie y pensó entrar, pero las piernas le temblaban y se arrepintió. Esperó unos momentos y volvió a intentarlo. Al entrar, descubrió que allí estaba la mujer de sus sueños. Rosalía corrió y lo abrazó:

–Ven, Fabián, te presento al pastor, quien es, además, mi hermano.

El pastor le dio la mano y dijo:

–Mucho gusto hijo mío, soy el padre Delhi Carrizo.

Fabián enmudeció, quedó inmóvil. La mente por un segundo le quedó en blanco. Sin embargo, dijo:

–Soy Fabián, de los González, los que usted asesinó en la hacienda Las Margaritas.

–Perdóname, hijo mío, no sabía lo que estaba haciendo en aquellos días. Necesito tu perdón porque el de Dios ya lo tengo.

Por unos segundos Fabián pensó en matarlo, pero nuevamente aquella fuerza poderosa se apoderó de él y le decía que lo perdonara, que todo había terminado.

Entonces sacó su revólver y le dijo:

–Padre, tome mi revólver, ya no lo necesito.

Los tres se abrazaron y el guerrero que nunca lloraba, ese día lloró.

Eco

RICARDO ÁLVAREZ P.

Quién eres, eres...

Quién eres, eres, eres,

Responde, dónde, ónde...

Acaso, caso..., ¿soy yo?

No, tu voz no: el eco.

Eso...

Golpe

RICARDO ÁLVAREZ P.

Un tambor,
rata plan, plan,
a la guerra llama ya,
pla, pla, pla,
también a la paz,
pra, pra, pra,
tun tap - ton ton
a la fiesta y el danzón.

El hilo

KARIN ANTONIO DÍAZ RINCÓN

Aunque estoy aquí, a veces no sé ni dónde estoy, ni
quién soy.

Aunque vuele lejos, me remonto a las montañas,
tomo un sendero

en el cual logro ver la naturaleza en medio de su
esplendor,

aflorando mucha paz y un gran silencio que solo
escuchas

con el corazón. Me deleito en su fragancia exótica,
pero hay un fino hilo que me tiene atado a este lugar
en el cual mi cuerpo habita.

Como sonámbulo deambulo

Entre las mismas paredes,

son las mismas caras,

pero mi mente se niega,

se eleva a la libertad

y vive libre.

Fugas
de tinta

2

Sincelejo

DIRECTORA DE TALLER: MARÍA ALEJANDRA GARCÍA

Condena

GRIMOALDO ARRIETA GUTIÉRREZ

La noche de mi captura no pude controlar mi cuerpo, estaba lleno de miedo y con los ojos llenos de terror. Así estuve hasta el amanecer. Esas primeras horas fueron fatales porque creo que bastaron los primeros minutos para destrozarme: le fallé a mi familia y sentía temor por cualquier cosa, a lo que la gente pudiese decir o pensar de mí.

Al llegar al juzgado, después de tantos interrogatorios, me leyeron la condena. Los compañeros de infortunio me miraban con la vista perdida en el tiempo: nos esperaban varios días de crudo confinamiento. Después de muchas firmas y protocolos fuimos trasladados a la prisión local, nos llevaron en un furgón donde una pequeña ventana dejaba entrar el aire y la poca luz; en esa pequeña ventana divisé toda mi vida, mi niñez, juventud y madurez, momentos inolvidables pasaron por mi mente; en este corto espacio de tiempo valoré todo cuanto existía. Mis compañeros de viaje, sudorosos, solo fijaban su mirada en el piso, en silencio; traté de darles ánimos pero fracasé. Al bajarme del carro, con las debidas normas de seguridad, le dije al guardián:

–Voy a pasar largo tiempo encerrado en una celda. Necesito un favor: si alguna vez te tropiezas con la señora juez, dile que muchas gracias.

–No ha entrado y ya está loco –dijo el maldito.

Día de playa

GRIMOALDO ARRIETA GUTIÉRREZ

Estaba recién llegado de la fría capital. Disfrutaba de un delicioso café endulzado con panela, el que solo mi madre sabe hacer, pero todo no era color de rosa: presentía que esa mañana iba a ser igual de aburrida que las demás. No me imaginaba cuidar a los pelaos, mientras que mi mujer salía a visitar a sus amigas de colegio para alardear de vivir en la capital y echarles una que otra mentira.

De pronto sonó el teléfono. Al otro lado estaba mi hermano:

-Hola, ¿cómo estás? Qué te parece si vamos a la playa, pasamos un rato y así te distraes.

Conocía el patriarca que regía mi hogar.

-Está bien, pero llevo mis pelaos.

-Ok.

Ya me imaginaba sentado en la arena, recibiendo las brisas marinas, con ese olor a pescado frito y arroz con coco y una que otra cerveza.

Llego el tío por los sobrinos a recogernos en un carro Willis, modelo 64, seis cilindros, grande y espacioso, ideal para las dos familias.

En el carro no perdía la vista al menor de mis hijos, inquieto, desordenado, que aburría hasta un retrato. Y mi

cuñada odiaba sus travesuras. De pronto mi pequeño se quedó mirando al chofer que parecía una momia por taciturno y asustadizo.

–¿Qué te pasó ahí? –le preguntó, señalándole la oreja derecha.

Nosotros de tanto tiempo de conocer al “viejo Marco”, nunca nos habíamos dado cuenta que su oreja estaba cercenada por un certero machetazo. El tipo quedó mirando a mi angelito con su rostro temerario, con ojos profundos y una mueca en su boca que parecía tragar entero, y queriendo intimidarlo o asustarlo, pronunció en voz alta:

–Me mordió un perro.

Por milésimas de segundo se hizo un silencio profundo, fantasmal y se produjo lo impredecible, unas carcajadas sonoras de los pasajeros incluyendo el chofer, cuando mi Benjamín pronunció:

–Y ¿cómo se llama el perro?

La raqueta

GRIMOALDO ARRIETA GUTIÉRREZ

El moribundo silencio de la noche
se escuchaba de prisa.
Los primeros instantes de hoy
se perpetuaban en el horizonte imaginario,
se sintió el estruendoso rugir de muchos galopantes.
El nerviosismo y el desespero reinaron,
segundos interminables,
las risas y saludos matinales eran olvido.
Todo era incertidumbre,
en el ambiente se sentía la pesadez,
la respiración agitada y esquiva,
la pesadilla no era nocturna,
lo claro del día mostraba lo real,
figuras fantasmagóricas se acercaban
retumbando en el cielo como tempestades.
¡Se nos metieron!
Gritos asmáticos del más valiente,
fuimos presa fácil del desespero.
La raqueta de GRI llegaba,
llevándose nuestras ilusiones.

El barco

GRIMOALDO ARRIETA GUTIÉRREZ

En las diferentes cárceles de Colombia hay aproximadamente sesenta mil reclutas detenidos por circunstancias diferentes. Inocentes o culpables, la verdad es un desperdicio gigantesco de talento; esto, para que el INPEC sea la empresa más grande de nuestro territorio.

Al estar aquí detenido, pienso e imagino la forma de buscar una solución; no la encuentro. Le pregunto a *Caimán Mocho*: “¿qué opinas?”. Me siento como un marido que naufragó, porque la cárcel es como un barco a la deriva, sin timón, ni paraje, sin rumbo, lejos de un mundo real, sumido en la esperanza que jamás llega, tiburones esperando a la salida queriendo cobrar nuestro error; hasta nuestros familiares perdiendo la brújula, sin encontrar el camino para visitarnos.

Espero un momento mientras el Caimán Mocho prende su *mocha* y continúa:

—Perdona el humo y te sigo contando. Esta mañana vi al *Teletubis* vendiendo el desayuno por \$500; pensé que era para viajar un rato, para escaparse por un instante de la realidad. Lo seguí para ganarme la corta, pero llegó al SAI del B, y preguntó qué valía un minuto a fijo. Contestó el propio: “\$500”. Marcó afanosamente y dijo: “por favor, pásame

a la señora Ana”; los segundos corrían más que Juan Pablo Montoya. “Mamá, solo me quedan 10 segundos: ¡feliz cumpleaños, vieja!”. Loco, eso me mató. Esa es la realidad, entonces veo que la cárcel es una cruda y amarga ensalada de injusticia y olvido.

Se detiene Caimán Mocho, por unos segundos deja de hablar; miro alrededor y observo que pasaba el vendepan: tocó comprarle uno.

Continuamos la conversación y con voz entrecortada al oído me susurra: –Anoche lloré, mis hijos se acostaron sin probar un bocado y aquí, en este barco, traen toneladas de grasera, comida de la calle, y muchos, al día siguiente, la botan por no regalarla. Esa gente tiene monitores, tv, grabadoras, DVD, prestan plata al interés, empeñan, tienen quien les lave la ropa. ¡En fin, loco! yo no estudié ni siquiera primaria, no tuvimos la oportunidad que alguien nos guiara, si te das cuenta la mayoría de los internos somos de un bajo grado de escolaridad, el 70% de los presos no sabemos leer ni escribir. Y de todo esto también es culpable nuestro Estado, que es muy desigual.

El Caimán Mocho seguía botando humo por doquier.

–¿Qué vas a hacer cuando recobres la libertad? –le pregunté.

–iDelinquir, loco! no sé hacer nada más.

Esta tertulia con Caimán Mocho, un condenado por tráfico y porte de sustancias alucinógenas, me inquietó, y analizando sus palabras comprendo que en verdad este es un barco a la deriva, porque no existe una cabeza visible que se comprometa con una reestructuración que ayude a mejorar el sistema penitenciario en Colombia. La alimentación, la salud, educación y resocialización no van encaminadas: las cárceles son bombas de tiempo.

Oda a mi abogado

GRIMOALDO ARRIETA GUTIÉRREZ

Poema ganador del Concurso Regional de cuento y poesía, 2008, del INPEC

Con risas y mentiras
me venías a visitar,
me sacaste la platica
y me dejaste condenar.

Contestabas las llamadas
cuando te iba a consignar,
después que me pusiste cadenas
cambiaste tú número de celular.

Ojalá no caigas preso:
me moriría de dolor
saber que mi abogado
no es más que un vil ladrón.

Tú mujer me quería como un hijo,
no lo puedo negar,
pero cómo no me iba a querer
si tus deudas ayudé a pagar.

Mi suegro te dice El Tigre,
yo no sé por qué será,
vendió todas sus vaquitas
esperando mi libertad.

Lo que no se usa, se atrofia,
yo no puedo especular,
cada treinta días, me da rabia,
llega mi visita conyugal.

He quedado con un problema
que no he podido solucionar
mi fiel compañero del alma
solo los domingos quiere trabajar.

Con esta me despido
ojalá disfrute mucho
tal vez algún día te encuentre,
maldito, hijo de puto.

Fugas
de tinta

2

Buenaventura

DIRECTOR DE TALLER: ALFREDO VANÍN

Un casi loco entre nosotros

HEINER DÍAZ C.

En un día oscuro, casi nublado por la lluvia fuerte que reinaba en ese momento, en una ciudad coquetona sobre la linda costa pacífica, puerto de alegría, tumbao y currulao, me hallaba en un lugar restringido junto a decenas de personas que cada día ansiaban salir del desasosiego y la penumbra que nos mortificaba.

Observaba en especial a alguien, desde un segundo piso, a través de una reja de metal corroída por el óxido, con la huella de muchos momentos de dolor que habían transcurrido allí. La lluvia continuaba acompañada de relámpagos, truenos tan vibrantes que causaban pánico aun al hombre más fuerte.

Algunos estaban aburridos o exhaustos, otros se tomaban un relax. Muchos estaban amañados. Los exhaustos estaban rendidos por el tiempo, por sus grandes errores. Los que se tomaban el relax eran quienes no tenían obligaciones pendientes o, simplemente, porque nadie los esperaba después de salir de ese lugar extraño creado por inquisidores. Los amañados eran del grupo *comecomida* o *tragasopa*, pechugones a quienes no les gusta darle un golpe a la tierra, que, como decían nuestros ancianos, “trabaja más una pala empenada”.

El reloj sigue con su encantador tic-tac mostrándonos que seguimos vivos. Mi personaje a veces se mostraba alegre y otras parecía *corrido*, queriendo deshacerse de la realidad, con rasgos que parecían limitar con la demencia. Un día me decidí a hablarle. Sus ojeras delataban cansancio y algunos tics. Era un hombre misterioso, de pocas palabras; su expresión era burda. Lo saludé: –hola señor, ¿cómo va?-. Con un acento poco entendible pero respetuoso respondió: –bien, *white*-. Me pareció simpático el saludo, me sentí bien al hablarle y la amistad empezó a florecer con expectativas que antes me habían parecido difíciles de lograr.

Como el tiempo pasa lento en esta situación, es conveniente una coraza. Un cigarro tras otro te hace sentir bien para soportar el viacrucis interminable de los sueños interminables, de la guardia que quiere infundir respeto y autoridad. Aun más que la guardia que nos vigila, las rejas son tus verdaderos acompañantes. Aprendimos a valorar las puertas porque sabemos que algún día se abrirán de par en par y volaremos como pájaros libres.

Un día sentí una mano sobre mi hombro. Al voltear a mirar, la sorpresa fue grande. Era mi personaje.

–Hola –me dijo.

–¿Cómo estás, bacán?

–Estoy matado –contestó.

–¿Qué te sucede?.

–Grave, *white*.

Me cuenta que la familia lo tenía aislado por los errores que había cometido. Teniendo todo, no quiso vivir en un entorno familiar de amor y comprensión. Con una voz afiebrada y con los ojos húmedos me dijo: –amigo, te cuento que me encerraron pero dejaron mi corazón afuera. Me la paso tratando de encontrar una respuesta, por qué la vida me jugó tan mala partida. Mi corazón es grande y lleno de

bondad, quisiera recuperarlo ya, porque en él está representado el cariño y el amor de mi madre, esposa e hijos. Me desespero, estoy perdiendo la cordura y no quiero cometer una locura.

Le dije: –pide perdón a los tuyos.

–Lo intentaré –respondió.

–Sólo tú puedes animarte, mi pana; llénate de amor y Dios te sacará de ese dilema y recuperarás tu corazón.

–Me respondió: –eres buena gente. Dios te bendiga la buena intención, pero todo esto me resulta muy abstracto, pura ilusión.

Pasó un tiempo. Lo vi sacar desperdicios del tarro de la basura y se los echaba encima. Lo hacía tal vez para castigarse. Sonreía moviendo la cabeza de lado a lado, mientras fumaba una colilla de cigarrillo. Un día cualquiera se *ventosió* dentro de la celda y se imaginan ustedes el olor tan nauseabundo. Los compañeros no podían salir porque se los impedía la reja con candado. Él los amenazaba con volver a hacerlo si seguían molestándole la vida. “Sigán jodiendo”, les decía.

Otro día aprovechó la lluvia para salir a trotar en pantaloneta por el patio. Después lo vimos en interiores tipo tanga lanzando besos y caminando como una reina. Fue un *show* total. Luego, cuando cesó la lluvia y el sol se hizo penetrante, aproveché para saludar a mi personaje.

–Hola, caballo –le dije.

–Tenemos que hablar, *white* –respondió.

–Cuando quieras, paisano.

Ese día había recibido con gusto los alimentos, escasos de condimentos pero bien nutritivos. Oigo que me dice: –Panita, panita, he encontrado mi corazón, el Todopoderoso llenó mi mente de buenas cosas, ha surgido la esperanza en mi ser, soy un interno completo porque mi madre ha vuelto.

Fue un día de visita inolvidable. Una linda dama de abultadas caderas, de movimientos sensuales, elegante, se acercó a mi personaje, lo abrazó y dándole un beso en la mejilla le dijo: –Dios te bendiga hijo, has reflexionado. Te amo.

Desde ese instante, la figura del *casiloco* fue desapareciendo, después de que estuvo a punto de volvernolocos a todos.

El muchacho rebelde

MAYKER SUÁREZ CARVAJAL

Mayker era un muchacho muy rebelde que se fue de su casa a los doce años porque no le gustaba la forma en que su padrastro lo trataba: le pegaba por nada. Una noche, como a las 10 y 30, le dijo a su hermano: “Mono, dormí en el suelo y yo en la cama”. Y él le dijo: “hacele”. Entonces se puso Mayker a tender la cama y cuando terminó, Mono le dijo que no quería dormir en el suelo y se acostó. A él le fue dando rabia y le pegó un puño. Mono se puso a llorar y fue y le dijo a su mamá que su hermano le había pegado. Vino el padrastro y le pegó tres latigazos en la espalda a Mayker, sin preguntar las cosas. Entonces Mayker le dijo que él no era el papá para que le pegara, y el padrastro le dijo que él no era el vicioso de su papá. Y se puso a llorar porque le dolió mucho lo que su padrastro le había dicho. Fue donde su madre y le dijo que si no se iba ese señor se iba él. Su madre no le paró bolas y lo mandó a dormir, pero como era rencoroso y rebelde no pudo dormir en toda la noche. Como a las 2 y 30 de la mañana se levantó, cogió un cuchillo y se fue para la pieza de su madre a matar a su padrastro. Su madre, que estaba despierta, le preguntó: “Mayker ¿qué vas a hacer?”. Y él le dijo: “voy a matar a ese hijo de puta”. En esos momentos el padrastro se despertó asustado. La madre se

puso en medio, Mayker salió corriendo, abrió la puerta y se fue donde su abuela. Le contó todo lo que había pasado y ella le dio la razón. Desde entonces Mayker se volvió más rebelde, andaba con malas compañías, con mujeres, con trago, peleaba, lo metían al calabozo, no le hacía caso a nadie, no volvió donde su madre. Quería meterse con grupos armados porque no consumiría ninguna clase de vicio y él le había prometido a su madre que no se volvería un vicioso. Quería cumplirle con eso.

Como a los 21 años, por no hacerle caso a su prima, se metió con la mujer equivocada y se fue derecho a la cárcel. Desde entonces aprendió a valorar un poco más a su familia y les pidió perdón a Dios y a su mamá. Quiso cambiar y volver a vivir con su mamá porque descubrió que su padrastro no era quien él pensaba: ahora que estaba en la cárcel lo apoyaba mucho. El padrastro le dijo: “No hay nada que perdonarte, yo tuve la culpa, el error fue mío, perdóname tú a mí”. Mayker le dijo por primera vez: “te quiero, papá, y no voy a volver a perderte”. Y desde ese momento fueron los mejores amigos, papá e hijo.

El embrujo

CARLOS IBARRA

En Pradera la situación era difícil. Hablé con mi familia, decidido a trabajar como cortero de caña, una actividad que no me aportó mucho. Lo único que podía hacer era viajar lejos a probar suerte por otros lados. Mi hermano se dio cuenta de mis problemas y me invitó a visitarlo a Armenia, la capital del Quindío, en el Eje Cafetero.

Cuatro amigos llegamos a Armenia. Un día decidimos pasear por el Parque del Café, guiados por mi hermano. Era sábado y sorpresivamente nos encontramos con un hombre de aspecto agradable, de edad avanzada, quien al vernos dijo: “por fin encontré lo que buscaba”. Él era dueño de una finca llamada *El embrujo* y nos ofreció trabajo, incluso a mi hermano que por esos días también andaba buscando. Luego nos invitó a tomar unas copas de aguardiente e invitó a unas mujeres para que nos acompañaran.

Aunque mis pensamientos solo estaban puestos en mis hijos y en mi esposa, uno de los rostros de las mujeres me impactó, no podía creer lo que mis ojos veían. Lo que no sabía era que me esperaba una gran pesadilla.

Tiempo después me encontré con esa mujer en la ciudad. Ella me saludó y yo tomé su mano para devolverle el saludo. Algo poderoso me atraía hacia ella. La invité a tomar

algo con el fin de conocerla más. Y entonces ocurrió lo que tenía que pasar.

Al día siguiente regresé a la finca, llegué un poco tarde y le conté a mi hermano lo que me había acontecido con esa mujer, sin saber siquiera su nombre. Mi hermano me advirtió que por esos lugares pasaban cosas extrañas y me recordó que yo tenía una familia. Entonces, reflexioné a fondo.

A las diez de la noche sucedió algo extraño. Me dieron ganas de ir al sanitario y como es costumbre en esas tierras, los baños quedaban retirados de las casas. La noche estaba oscura y hacía mucho frío. Estaba de regreso a la casa cuando de pronto escuché que una voz susurraba: “¡Carlosss! ¡Carlosss!”. La piel se me puso de gallina. Miré de un lado a otro y vi a la mujer que había conocido, vestía una ropa blanca y me parecía que flotaba. Entonces me dije “patitas cumplan, pa’ qué las tengo”, pero fue imposible correr, tenía los pies clavados en la tierra, temblaba y no podía gritar. Entré en pánico total y me desmayé.

Dos días después volví al pueblo y la busqué por todas partes. Pregunté por ella y la gente me dijo que ella había muerto hacía muchos años.

Vida a través del espejo

NELSON RIASCOS RIASCOS

Este encantador relato surgió del fondo de una prisión.

Me desperté en la madrugada. Cuando miré el reloj que estaba al frente de mi camarote eran las 4 y 55 minutos. Me levanté y lo primero que miré fue un espejo que estaba sobre el lavamanos de la celda. Tenía aproximadamente 20 por 12 centímetros. Me acerqué a él, lentamente, sin interrumpir el sueño de mis compañeros. Tomé el espejo y miré mi rostro. No sé cómo expresar lo que sucedió en esos momentos. El espejo me habló: “¿crees que hay una vida a través de mí?”. Entré como en éxtasis y me sentí más libre que nunca ante el mundo que se abría delante de mí.

Poco a poco traté de relajarme y luego decidí tomar la gran decisión de seguir adelante. El espejo es un objeto que está siempre presente en cualquier lugar, como adorno o como algo necesario. Pero un espejo que hablaba no era algo que ocurriera todos los días. Le pregunté en primera instancia: “¿quién eres?”. Él me contestó: “soy tú mismo”.

La respuesta me aceleró los latidos del corazón. Reaccioné y le pregunté cómo se sentía cuando alguien lo usaba. Con su voz delicada contestó: “hay momentos amables, cuando se refleja en mí una persona que se siente bien y feliz en la vida. Pero muchos momentos son muy tristes,

cuando siento que alguien como tú no está bien. Sé que por alguna circunstancia perdiste la libertad. Pero déjame decirte que de ahora en adelante seré tu amigo incondicional”.

Me pregunté por qué este objeto conocía mi historia personal. Él notó mi cavilación y con voz fuerte me dijo: “escucha esto que te voy a decir por última vez: no soy un simple cuadro, soy algo más que debes descubrir por tu propia cuenta”. Luego se quedó en silencio por mucho tiempo.

Días después estaba en un gran dilema, no sabía si había escuchado un objeto hecho de vidrio o de mi propia conciencia. Pero el espejo se había convertido en algo imprescindible para encontrar respuesta a mis interrogantes, tenía que aceptarlo, de pronto él me señalaría el camino a la felicidad que había buscado. No sé en realidad si me estaba volviendo loco, pero me di a la tarea de volver a entablar un diálogo con el espejo. Pero cuando lo tomé para interrogarlo de nuevo, el espejo se deslizó de mis manos y cayó al suelo. Cerré los ojos y realmente lloré, aunque no quiera admitirlo, por la gran oportunidad que había perdido.

En esos días muchos internos se quejaban de la temperatura ambiente, entre 28 y 32 grados y otros le daban gracias a Dios porque Jehová es el supremo dador de vida. Les comenté a algunos sobre el espejo de la vida y me trataron de inútil. Momentos después decidí volver a mi celda, en la corta distancia del patio hacia ella se me iluminó el pensamiento, ¡Eureka!, se me vino a la cabeza la forma de recuperar el espejo, aunque era sencillo no se me había ocurrido que con la ayuda de diversos pegantes podría lograrlo. Armando las piezas me di cuenta que mi amigo incondicional tenía roto el corazón. Ya me había enseñado que uno debe escuchar a todos, sin excepción, sin discriminaciones. Lo arreglé y lo dejé en un lugar donde no corriera ningún riesgo.

Días después lo miré y encontré un ambiente melancólico en su interior. Intenté motivarlo con frases optimistas para subirle su autoestima y recuperar sus fuerzas. Lleno de ánimo, el espejo me agradeció y con su voz de siempre, casi angelical, me dijo: “realmente no creí que tuvieras un corazón tan bondadoso”. Y prosiguió con voz fuerte: “cómo me alegra que todo esto te haya sucedido, por tu propio bien. Te ayudará a limpiar tu alma y tu corazón”. “¿Por qué?”, le pregunté. “La respuesta la tienes tú mismo. Recuerda que de tu corazón es de donde mana tu vida, pero por sobre todas las cosas nunca te olvides de Dios”.

En ocasiones pensé olvidarme del espejo, pero fue difícil, ya que en el día a día siempre necesitamos de una voz amiga para enfrentar la situación que se nos presenta. Terminé diciéndole: “no creo en el amor, hay demasiada perfección en la naturaleza, en el universo entero, como para creer que todo es obra de las circunstancias. No creo en el destino ni en la mala suerte. Creo en el Señor Jesús, hijo del Padre. Pero en verdad confío en ti, amigo, porque despiertas una vida llena de oportunidades”.

El espejo me escuchó, como si ya hubiera cumplido su misión, y guardó silencio, esta vez para siempre.



Fugas
de tinta

2

Medellín

DIRECTOR DE TALLER: DAVID MACÍAS ISAZA

La capacidad del hombre para engañar al hombre

HENRY NARANJO JARAMILLO

Cuando el hombre pudo dominar todas las especies animales, se dio a la tarea de dominar su propia especie. El hombre es un ser inquieto que siempre está explorando, como si siempre estuviera en busca de algo, lo que yo llamo “hombres inteligentes”. Existen muchas personas que nunca se atreven a mirar más allá de sus propias raíces, pues sus cerebros han sido lavados por ideas que el hombre ha ido creando para su conveniencia; en el mundo son muchas las guerras que se han desatado por el afán de conseguir el poder de toda la Tierra. Tenemos como ejemplo, un hombre que dijo ser el “Dios de todo el universo”, y esto le costó la vida pero a la vez lo convirtió en el hombre más famoso del mundo. ¿Cómo pasó esto?, ¿será que este hombre era realmente Dios?

El hombre, con su maravillosa capacidad de pensar, ha creado ingeniosas mentiras con tal de tener el dominio de la Tierra. No sé qué pueden pensar muchos de mí, tal vez me traten de hereje, pero me tranquiliza pensar que en el siglo XXI ya no se queman personas vivas por el hecho de no creer en doctrinas de las que se han lucrado muchos a través de un siniestro “vampirismo”. Una sed de sangre y

poder que se justifica con dogmas estúpidos, que utilizan con sus mólicas palabras de convencimiento que “todo es para Dios”, y que quien paga un diezmo es merecedor de su “reino”. No entiendo tantas cosas en la vida, como tampoco entiendo cómo las personas puedan llamarle bueno a lo que no lo es. Yo, personalmente le llamo malo a todo lo que representa violencia y muerte. Por eso no puedo creer en “dioses” que quieran convertirme en esclavo, pues suficiente tengo con ser esclavo de los hombres que gobiernan este mundo, como para someterme a “dioses” que son hombres también, y que ya hace tiempo desaparecieron de la tierra, pero que aún las personas siguen adorando. Malo para mí, también, es que le inculquen a una persona que un hombre mató a su propio hermano por celos a su Dios. Sin embargo, ¿cómo Dios, siendo bueno, puede permitir que sus propios hijos se maten por Él?

Siempre que alguien no se deja engañar y se resiste a creer en lo irreal, es catalogado como satánico o ateo.

Hace mucho tiempo hubo una familia muy numerosa que era de escasos recursos económicos. Esta familia quería dejar de ser pobre. Entonces, tomaron la decisión de hacerle creer a la gente que había una niña de los suyos que tenía don de curación. Se instalaron en un lugar cerca de un lago donde la niña podía curar todo tipo de enfermedades incurables. La noticia se esparció por toda la región y hasta lugares recónditos que nunca imaginaron. Comenzaron a llegar personas de todas partes del mundo y se quedaban asombradas de cómo esta niña podía sanar. Lo único que necesitaban, según ellos, era tener fe, y cómo no creer cuando a los ojos de todos, los paralíticos caminaban y los ciegos recobraban la vista... pero lo que no sabía la gente es que todo era un montaje de aquella numerosa familia que tenía parientes en todas las regiones del país, haciéndole

propaganda a la mencionada niña milagrosa, y los “enfermos” eran de su propia estirpe.

Haciendo énfasis en ésta pequeña historia, me da pie para pensar que todo empezó con una historia muy similar a ésta. O tal vez ésta familia se dio cuenta cómo fue que comenzó el cuento que convirtió a un hombre en Dios. No quiero vulnerar las ideas de muchas personas, ni que cambien su manera de pensar, pues ésta es sólo mi forma de ver el mundo. ¿Será que soy diferente a todos? Realmente no lo sé. Lo único que sé es que nunca me dejo llevar por las apariencias, solo creo en lo que puedo ver y palpar, a lo mejor soy como Tomás el personaje de La Biblia. Muchos piensan que si tienen su casa llena de imágenes de cuanto santo aparece, nunca en la vida les sucederá nada malo, porque sus santos los protegen, pero es tanta la ceguera que si algo malo llega a ocurrir es porque “Dios así lo dispuso”. Yo, personalmente, no creo en un Dios cruel y despiadado que siempre nos está haciendo sufrir, pues siempre nos sucede lo contrario a lo que le pedimos. ¿Cuántas veces le pedí que dejara vivir a mi padre mucho tiempo, ya que no conté con el amor de una madre? Por lo menos, contaba con mi papá pero al poco tiempo falleció trágicamente.

Esto es poco, comparado con lo que les pasa a otras personas. Por ejemplo, hay algo que me conmovió demasiado: fue lo que le ocurrió a centenares de personas que se encontraban en una capilla cuando una bomba acabó con la vida de todos los que se encontraban dentro; esto ocurrió en un corregimiento del departamento del Chocó. Entonces me pregunto: ¿por qué Dios permite esto? ¿Dónde estaba toda la corte de ángeles y arcángeles?, y ¿por qué permitieron que todas estas personas murieran de una forma tan despiadada? ¿Fue esto obra del demonio?

Para mí no hay más demonio que el hombre y su mal-
dad insaciable. Muchas especies tienen muchos enemigos
que, por lo general, son de otra particularidad: los enemi-
gos de los ratones son los gatos, el enemigo del gato es el pe-
rro... y así sucesivamente. Lo contrario ocurre con el hom-
bre, porque no hay que ser muy sabio para darse cuenta que
el enemigo más temido por el hombre no es otro que un
individuo de su propia estirpe. Por eso no confío del todo
en las políticas que se han establecido y mucho menos en
las del rey David y su antecesor Saúl, el primer rey de los
hebreos, quienes empezaron a enseñar al hombre qué era
lo bueno y lo malo; pero si investigamos un poco la vida de
éstos hombres, pienso que sus conductas dejan mucho que
decir, porque si en los mandamientos de Moisés dice que
matar es una ofensa para Dios, entonces los antecesores de
Jesús nunca tuvieron perdón.

Lo que no entiendo es por qué para muchos es más
fácil aceptar una mentira que una verdad. Siempre trato de
buscarle lógica a las cosas, por eso siento un gran respeto
y admiración por el científico Charles Darwin. Antes de co-
nocer sus teorías evolucionistas no entendía cómo existían
muchos animales similares al hombre. El “hecho” de la evo-
lución, una vez formulado como hipótesis coherente, nos
ha suministrado pruebas contundentes de nuestro origen.
Así observamos, por ejemplo, que la paleontología estudia
la vida en épocas pasadas; la taxonomía trata de cómo se
ordena la enorme diversidad de los seres vivos y, también,
la fisiología, la anatomía y embriología. A éstas disciplinas
tradicionales se han sumado también la bioquímica com-
parada y la genética, que estudia la herencia y la variación.
Estas ciencias no solo han aportado nuevas pruebas, sino
también los elementos necesarios para comprender los
mecanismos del proceso evolutivo.

No soporto ver imágenes como la de San Miguel, que con su espada hace una viva demostración de violencia. No sé cómo hay padres de familia que permiten que sus niños presencien la representación de un viacrucis, donde se asesina de la manera más cruel y despiadada a un hombre que “dice ser Dios”. A mi manera de ver las cosas, pienso que estas escenas tan escabrosas no las debería presenciar un inocente niño.

No sé por qué digo estas cosas, tal vez porque estoy privado de mi libertad, pero de una cosa sí estoy seguro: es que jamás me arrepiento de estar en este lugar, pero quiero dejar claro que ya pedí perdón por lo que hice, y estoy muy arrepentido, pero no me arrepiento de lo que he podido aprender en esta “universidad”. Aprendí, primero que todo, a valorar la vida, pues es el tesoro más valioso que cualquier persona posee. Por muchos millones que uno tenga no puede comprar una vida ni aún siendo el dueño del mundo entero. Aprendí que entre menos te relaciones con las personas, menos problemas tienes. Me he tomado el tiempo suficiente para observar el comportamiento de mis compañeros y me di cuenta que siempre los problemas son entre personas que se mantienen juntas o haciendo negocios. Por eso me mantengo solo, y en los tres años que llevo privado de mi libertad, no he tenido el primer problema, afortunadamente. Aprendí a amar la libertad, esto es otra cosa que no tiene precio, pues la jaula aunque sea de oro, no deja de ser jaula y ¿para qué se tiene dinero si no se tiene libertad? Aprendí que no hay amigo sincero, mejor dicho, los amigos no existen, lo único que existe es el dinero: tienes dinero, tienes amigos, no tienes dinero, no tienes... inada! Por esto no creo sino en lo que veo, el mundo está lleno con espejos que reflejan el final de cada camino. Si nos detenemos un poco y miramos los caminos que toman quienes van delante de

nosotros, sabremos cuál es el camino que más nos conviene tomar. Mi lema es vivir mi vida y dejar que el resto viva su vida como le parezca, y a su modo. Lo único que me causa malestar es la manera tan descarada cómo unos pocos hombres mantienen sometido al resto del mundo. Por ejemplo, los políticos, que siempre están inventando leyes para que todos nos sometamos a ellas y, como si fuera poco, mantenemos a los religiosos que piden dinero para Dios y nos dicen cómo debemos vivir para que no nos quememos en el fuego de las llamas del infierno. Cómo me gustaría que en realidad este cuento del infierno fuera cierto para que éstos mentirosos se quemaran allí. Nada en la vida ha cambiado. Dicen que la esclavitud se acabó pero eso no es verdad, porque los pobres siguen siendo esclavos de los ricos que les pagan un miserable salario mínimo que no alcanza para vivir dignamente. Los presidentes son los reyes de cada país, y en cuanto a la política religiosa, esa mentira se les está escapando de las manos como un puñado de agua.

Una piedra de tropiezo

LUIS FERNANDO SINNING C.

¿Una piedra de tropiezo? ¿Es que acaso tengo niguas? Si es que todos los días me baño compadre, lo que hace que con ella vivo. ¿Dizque yo soy su piedra de tropiezo para su vida espiritual? Sí, mire, aquí lo anoté en este arrugado papel para que no se me fuera a olvidar.

Por eso, sirva dos cervezas más, niña Flor, pero sírvalas rápido, que a *vusté*, con esa belleza de batolita, la verdad que ninguna piedra de tropiezo osaría enredársele en esas hermosuras de patas.

Pero le sigo contando el cuento, compadre, y no es que tenga grajo, porque después de salir del cortecito de caña, me baño los sobacos con harta agua y jabón negro y después les restriego sus buenos manojos de bicarbonato con naranja agria, pero aún así, parece que le *jediera* feo.

Y eso que cuando la conocí corcoveaba entre mis brazos como potra resabiada y el corazón le brincaba a puntito de salirsele. Eso pasaba cada vez que tras el rancho de su finado taita nos encontrábamos para amarnos con locura y verraquera, así como se ama una hembra de caderas calientes, así como se aspira el último aliento antes de morirse uno. Así la amé. Y ella (arreacha como gallina culeca), ella era la que me buscaba, era ella la que me demostraba que

le hacía falta el macho que la montara; porque eso sí, si viera cómo le quedaban de rozagantes las mejillas después de amarme. No le miento, le juro por mi finada vicaria que no le miento.

Yo sé, mi compadre amigo, que cuando las putas beatas –que no por puras son beatas, pero si por beatas son muy hijueputas–, incluida su santa mamá (que fue la primera que puso el grito en el cielo y se le oyó en el infierno), le decía, la jodía y la rejodía, duro le gritaba y después, pasitico, le decía: “no te conviene un peón *huelemaluco, espeluzado, cortacaña*, ¿qué le viste vos a ese jornalero?, sobre todo a vos que te gusta vivir bueno, que te gusta comer bueno, que te gusta la ropa y los zapatos bonitos. ¿Qué te podrá comprar esa mecha de hombre con esa migaja de jornal? Pero eso sí, de mí no vayas a esperar una bendición para ese absurdo”.

Y así fue, compadre, me la llevé a vivir al rancho de mi difunta mamá, y a la suya ni siquiera una bendición chiquita le merecimos. Y no es por nada, compadre, pero vea, cosa verraca, y es que ahoritica la chava se lamenta por no haberle hecho caso a su mamá. Si hasta se atrevió a decir que quién sabe yo de qué me habré valido para enyerbarla tan feo, a tal punto de haberse volado conmigo, con un peón. ¿Ya sabe, compadre? Vinieron los evangélicos al pueblo, esos que parecen políticos sin saco, dando discursos por ahí, a diestra y siniestra, que más parecen cantantes de orquesta o cargadores de funeraria. ¿Que qué le dijeron, compadre? Pues que el mundo se iba a acabar y que se arrepintiera de amarme, porque ella era una adúltera. ¿Usted sabe lo que es eso, compadre? Yo le confieso que tampoco, pero ha de ser algo que yo le pegué de seguro, porque ella no tenía de eso cuando estaba donde la mamá. Y como a la chava le fascina que le hablen bonito, así sea con palabras que ella no sabe qué significan, entonces metió los chiros entre

un costal y se devolvió para el rancho de su mamá. Debió haber estado feliz la vicaria porque al menos allá en la casa tenía otra vez a la niña de sus ojos, la reina que se iba a casar con un abogado o con un médico.

Yo sí, compadre, lo confieso, yo me fui a pedirle perdón a la chava por pegarle eso de adúltero, y a suplicarle que se volviera conmigo pa 'l rancho. ¿Pero sabe qué pasó? Paso que de la casa de su mamá me salió uno de esos evangélicos que le estaba haciendo la visita a mi mujer. Entonces, el corbatudo se dirigió a mí, diciéndome que la dejara en paz, porque yo era un adúltero, un fornicador, un hereje, un impío. ¿Y yo qué, compadre? Yo sí me imaginé que me estaba insultando, pero como yo no sé nada de esos insultos bonitos, mejor saqué mi peinilla y le grité:

—¡Sí, yo soy todo eso, pero vos sos un hijueputa!

Y sin meditar más palabra lo agarré a plan, primero a él y luego a la chava. Le amarré su buen planazo en la nalga, tan sonoro y tan bien plantao, compadre, que de inmediato se le chocolatiaron los ojos. Y de una, el marica corbatudo salió corriendo callejón abajo con La Biblia bajo el brazo.

¿Que qué pasó después compadre? Pasó que la chava, solita, se me devolvió al otro día pal' rancho, y ahí está, mansítica, sumisa y querendona, como debe ser, tropezando y tropezando feliz, y día a día con la piedra de tropiezo que tiene de hombre. ¿Y de lo otro? No, de lo otro no, compadre, nunca supe que era eso de adúltero. Una vez casi se lo pregunto al señor cura pero me dio pena. Aquí entre nos, pa ' mí que eso es algo que tiene que ver con la horqueta.



Fugas
de tinta

2

*Colonia Agrícola
de Acacias*

DIRECTOR DE TALLER: HENRY BENJUMEA

La perdí

RUBÉN DARÍO SÁNCHEZ MUÑOZ

Estábamos hablando los compañeros en el *Pent House*, como le llamo yo, de historias de brujas y espíritus, y el Chiqui me contaba de una señora que lo visitaba todas las noches; y por eso él colocaba un suéter negro en la entrada de la celda, para que dicha bruja no llegara y no lo molestara.

Después de tanto hablar, nos dormimos, y en mi sueño yo estaba con una mujer cuando de repente me desperté. Desesperado y un poco idiotizado, al abrir los ojos me doy cuenta que estoy en la celda encerrado y me levanto a buscar a la tal mujer. Miro bajo el cambuche mío y no veo a nadie, miro hacia el otro lado y tampoco. Me voy hasta el baño y nada. Cuando de repente miro hacia arriba y me encuentro que me están mirando dos ojos negros y me asusto. Me pregunta, con voz tenebrosa: “¿qué haces?”. Y yo me despierto. Era el compañero de celda que no se podía dormir.

Me acosté otra vez como si nada y al día siguiente les comenté a mis compañeros y pasamos todo el día riéndonos de la tal bruja que se me había perdido.



Fugas
de tinta

2

Peñas Blancas,
Calarcá

DIRECTOR DE TALLER: JUAN FELIPE GÓMEZ

El fantasma de mi abuelo

JOSÉ AUGUSTO ACOSTA P.

-Mi amor, ¿qué horas tiene?

Ella me respondió:

-Son las 11 de la mañana. ¿Es que no se piensa levantar hoy?

-Pues mi vida, con ese deleite que usted me dio anoche me es difícil pararme de esta cama. No ve que aún conserva ese aroma de ternura, de besos y caricias que nos dimos anoche. Mejor le tengo una propuesta: ¿por qué no viene y se acuesta conmigo un ratico que aún tengo mucho cariño?

-Bueno, ya que insiste, tocará aceptar la invitación. Pero déjeme decirle que esta mañana vino su primo Andrés y le dejó razón de que su abuela lo necesita. De manera que tiene que apurarse a ver para qué lo busca.

Ese día, como es normal en mi pueblo, hacía mucho frío. La niebla cubría gran parte de la calles y aún caía una leve llovizna que quedaba después de haber llovido durante toda la noche anterior. El pueblo estaba solo y el aspecto era como el de las calles que se muestran en las películas de terror, donde cualquier ruido puede paralizarle a uno el corazón.

Con mi chaqueta azul oscura y mi gorra Nike me protegí de la brisa que, al menos por ese día, parecía no

terminar. Me dirigí a la casa de mi abuela. Para ser sincero, me atemorizaba un poco porque días antes mi abuelo había muerto y era justo en esa pieza donde aún permanecía mi abuela, aferrada a los recuerdos. Y es que es difícil desprenderse de alguien cuando se ha permanecido por más de cincuenta años a su lado.

Cuando me vio entrar me miró con una tristeza que no podía ocultar. Aún conservaba unas ojeras grandes que delataban el insomnio y el llanto. Sus palabras eran lentas e inseguras, pero sacó valor y me dijo:

–Anoche no pude dormir, estoy muy mal por la muerte de su abuelo, tanto, que creo verlo en todas partes. Como puede ver no quiero seguir más con esto y he decidido viajar a Cali para darme un descanso. Es por eso que necesito que me cuide la casa. No puedo dejarla sola y sabe que confío en usted.

No tuve otra alternativa que aceptar. En la vida existen decisiones difíciles de tomar y esa era una porque siempre he tenido un pavor tremendo por los difuntos. Aún permanecía el fuerte olor a formol y el ambiente era pesado. En un rincón de la sala se conservaban dos coronas que ya empezaban a secarse y cuatro veladoras derretidas evidenciaban que el velorio apenas había terminado. Olvidaba decir que la novena de las almas era la que más llamaba la atención.

Esa tarde mi abuela partió hacia Cali con unos familiares. Horas después acudía a mi compromiso de vigilante, con un juego de Atari en mis manos para entretenerme y olvidar el sitio donde estaría toda la noche, quizás atormentado por el temor que me producían los muertos. Mi mente se encontraba distraída en aquella pantalla, tenía mi cuerpo arropado con las manos por fuera para sujetar el control del juego. Un silencio total se apoderaba del sitio. Sólo se

escuchaba la velocidad de los autos cuando presionaba el turbo para llegar primero a la meta y ganar el juego.

Cuando me disponía a empezar una vez más con el juego, sentí un ruido que me puso los pelos de punta. Mi cuerpo se estremeció, un temor me invadió y recordé aquel día cuando en la cama de al lado vi a mi abuelo tirado con sus pies helados. Observé de dónde venía el ruido, cuando un gato negro pasó corriendo por la viga que sostiene el techo. El animal hizo caer una caja de dientes que venía envuelta en una servilleta. Cuando esta cayó quedó descubierta frente a mí y me sonrió. Me tiré de la cama y salí corriendo hasta la calle creyendo que era obra de mi abuelo, pero luego entendí que sólo era la prótesis que el viejo usaba, y que alguien de mi familia la había puesto allí sin imaginar el susto tan tremendo que me llevaría.

Apasionado por el fútbol

JOSÉ AUGUSTO ACOSTA P.

Desde niño siempre fui un gran seguidor de los deportes, entre ellos el fútbol y el atletismo. Pero quise ir más allá de tan sólo patear un balón o de asistir al estadio del pueblo a mi entrenamiento de atleta: quería convertirme en narrador deportivo. Esta fue mi mayor meta. Para mí era maravilloso oír los goles que cantaba el negro Edgar Perea o los del Paché Andrade, así como los gritos de William Vinasco Ché. Fiel seguidor de Antena 2 o de Planeta Fútbol, los domingos con el doctor Carlos Antonio Vélez me instruía y me sumergía en un mundo de ilusiones donde me veía sentado en una cabina de la mejor emisora narrando un clásico paisa o uno valluno.

Lo difícil de todo era cuando no tenía para comprarme un par de pilas de las grandes, pues la situación en mi casa no era la mejor. Además, vivía en una finca donde la electricidad nos era esquiva. Vivíamos en un mundo diferente al de los demás y mi familia sólo se interesaba por trabajar el campo para sobrevivir. En las noches, a la luz de un mechón de petróleo sintonizaba mi radio a las 7 en punto para escuchar la cabalgata deportiva de RCN y tomar apuntes de la actualidad del deporte.

Era genial cuando a mi casa asistía un ciego. Este tenía unos 35 años más o menos, pero su edad no le impedía

ser mi compañero de cabina y los dos nos conectábamos en una fantástica ilusión. Nos sentábamos en un corredor y él, con su largo parlanchín, transmitía un partido imaginario dándome el placer de sentirme como todo un narrador, permitiéndome cantar los goles a mi manera. Era tanto el bullicio que formábamos que mis padres nos decían que estábamos locos. Lo que ellos no entendían era que mi sueño y mis anhelos estaban ahí, pero la falta de ayuda, de comprensión y de oportunidades me fueron desechando los logros que me proponía, pues sólo era el ciego Jaime el único que me permitía su bastón de apoyo para imaginármelo como un micrófono. Claro que siempre hubo un pequeño disgusto, pues a mí me gustaba cantar los goles del Nacional, y a él los del Deportivo Cali.

Fui creciendo y empecé a ver la vida de otra forma. Entendí que uno no puede estudiar lo que quiere, sino lo que pueda, o hasta donde le alcance el presupuesto.

Más tarde vendrían ciertos disgustos con mi padre por su alcoholismo desenfrenado y su maltrato verbal. Él me expulsó de la casa y me vi obligado a olvidar mis sueños, a desechar mis metas y me impulsó a iniciar una vida para nada buena, relacionada con la delincuencia donde sepulté cualquier posibilidad de salir adelante. En ocasiones no se toma este camino porque se quiera, sino que existen motivos que nos llevan a caer en fuertes tentaciones, siendo éste uno de los problemas que vemos a diario en nuestra sociedad que cada vez está más desintegrada.

Por la curiosidad

JOSÉ GEOVANNY VÉLEZ SÁNCHEZ

Todo estaba planeado. Mi amigo Muelamocha y yo íbamos rumbo a la casa de la anciana Josefina. Ella vivía sola y desorientada en un rancho viejo. Los vecinos murmuraban que aquella casa estaba embrujada y llena de misterios. Pero, como muchachos, éramos tercos y no había marcha atrás. Estábamos decididos a escudriñar a toda costa aquel rancho embrujado.

Cuando íbamos cruzando el oscuro cafetal, de repente sentimos un ruido ni el verraco. Se acercaba una manada de murciélagos. Todo era muy extraño, algo en mi corazón me decía que las cosas andaban mal.

Llegamos a la parte trasera de la casa. Muelamocha sacó una varilla oxidada para dañar la chapa. Intentamos varios minutos hasta que por fin logramos abrir aquella puerta vieja de madera fina. Todo estaba muy oscuro. Me daban ganas de no seguir. Los nervios se apoderaban de mí, sentía como que algo chirriaba y eran las rodillas de mi amigo Muelamocha que estaba más asustado que yo.

Antes de llegar al cuarto de la viejita, justo en una de las tres patas de un viejo comedor, había un gato amarrado, con los dientes un poco salidos. Parecía un vampiro. Nos pusimos a mirarlo y no maullaba. Claro, llevaba varios días muerto.

Seguimos muy despacio ya que el piso era de madera y tenía muchos huecos. Al fin llegamos a la habitación de la viejita con cara de bruja. Abrimos aquella puerta ruidosa muy despacio. Nos llevamos un susto el hijueputa: Josefina hacía varios días había muerto.

Cómo es ser hija de puta

JCM

No conozco a mi papá, se murió, lo mataron. Lo mataron en un asalto, pero no sé bien, nunca me interesó saber nada de él. Mi mamá dice que lo conoció antes de prostituirse, y que lo mataron en un robo, pero poco me importa, como dije, nunca lo conocí. A mi mamá sí la conozco bien. Sé que es prostituta desde que tengo uso de razón y la amo como a nadie en el mundo.

Tengo pocos recuerdos de infancia. Sé que fuimos muchos hermanos. Mamá siempre fue de muy buen corazón: cuando veía a alguien mal (un niño indigente, drogadicto o maltratado), se lo llevaba para la casa y le daba la misma sopa que nos daba a sus cuatro hijos biológicos (todos de padres distintos). Nunca diferenciaba entre ellos y nosotros. Ella iba, trabajaba y trabajaba, salía a las seis de la mañana y llegaba a las diez de la noche. La veíamos muy poco, pero mi abuela, que es testigo de Jehová y que siempre le pidió que dejara la prostitución, nos cuidaba. Hija es hija y mi abuela es la mejor mamá del mundo.

Mi mamá no se quedó atrás, siempre fue una mujer responsable, nunca nos dejó aguantar hambre. Nos dio educación y nunca nos llevó a la calle a pedir plata. Jamás bebió o fumó delante de nosotros, tampoco llevó a ningún

hombre a la casa. Simplemente iba, trabajaba y respondía.

Al principio vivimos en Medellín, en una comuna muy violenta. Eran tiempos en los que salías y veías cómo mataban al vecino. En ese entonces mamá nos decía: “adiós, me voy a trabajar”. Nosotros le preguntábamos: “¿a dónde se va?”. Y nos respondía: “pues a putearme, porque ¿qué más?”. Mis hermanos lloraban mucho, pero yo era muy niña y no entendía lo que eso significaba.

Fui creciendo, viendo que mi mamá hacía “eso”, y no le vi nada de malo después. Habría sido distinto si me hubiera enterado más tarde, habría sido capaz de dejarla, de irme y no volver a verla.

“Hay mujeres ministras, senadoras, amas de casa; yo soy prostituta y no me avergüenzo”, decía Silvia, mi madre. Es una opción de vida en un mundo y en un país donde no hay oportunidades. Yo respeto el oficio, pero nunca he aceptado que mi madre esté metida en eso. Es algo con lo que creces, un dolor que siempre está ahí como una espina en tu corazón. Vas creciendo y empiezas a decir: “algún día yo la saco, algún día yo la saco. Yo voy a trabajar por ella y le voy a decir, ino más!”. Y eso hice. La convencí de que me dejara trabajar como casera en un puteadero de un amigo suyo. Ella me decía siempre: “si usted se mete de prostituta, allá usted, es su vida, pero si llego a verla en una esquina, la mato. Que yo lo haga no quiere decir que usted también, porque yo a usted la he criado y le he dado educación”.

Logré convencerla de que no me iba a putear y me dijo: “usted ya sabe como es la vida de una prostituta, usted verá”. El hecho fue que mi sueldo no alcanzó para sostenernos. Perdí el trabajo, ella volvió a lo mismo, pero yo maduré mucho.

Un día caminé con ellas. Las oyes hablar de sexo, las ves echar perico, meter marihuana. Entonces ya no dices:

“huy, esa es prostituta; huy, esa mete perico”. Las empiezas a mirar como amigas, como parceras.

Silvia es increíble. Puede ser prostituta, pero la ves saludar a un senador, se presenta, le pide mercados para las demás prostitutas, que en su mayoría son cabezas de hogar y le ofrece conseguir votos. Les reparte a todas algo, así sea una panela.

Está escribiendo un libro en el que no se justifica, pues no siente nada de arrepentimiento. Sólo cuenta todo lo que ha tenido que pasar para salir adelante con sus hijos y hasta le da gracias a todos los señores que se acuestan con ella, a pesar de su edad y de no tener mayores atributos sexuales. Dice que por la plata que ellos le dieron se superó, consiguió techo, comida y educación para sacar a su familia adelante.

En el colegio tuve amigos que supieron que ella era prostituta. No decían nada, eran muy respetuosos. Lo mismo ocurrió con mi novio cuando la vio por primera vez en la calle. Al principio le impresionó, pero luego entendió y le perdió el misterio.

¿Qué si alguna vez me han dicho que soy una hijueputa? Sí, a todo el mundo lo han tratado de hijueputa en la vida. Yo les respondo: “sí, y a mucho honor”.

El dragón de las siete cabezas

RUBÉN DARÍO QUICENO J.

-¡Mamaaaaá!, imamaaaaaá!, inooooo!

Eran los gritos de horror del niño Juanca. En su huida iba dando botes y tropiezos, espantado por lo que había experimentado. Acababa de ver al dragón de las siete cabezas, terror de Villa Rica, en Segovia (Marsella), pueblo de ancestros antioqueños, donde mitos y leyendas como los de La Llorona, La Patasola y La Madremonte eran el pan diario.

-Mijo, mijo, qué le pasó a mi niño, por favor que alguien me diga algo -decía doña Lola, la mamá de Juanca.

El niño no tenía palabras, se le había hecho un nudo en la garganta con semejante susto. La mayoría del pueblo se había reunido en la plaza, estaban escandalizados con el hecho.

-¡Doña Lola!, idoña Lola! -gritó alguien entre la multitud-. Eso fue el dragón, doña Lola... el dragón.

-¡Maldita sea! -replicó doña Lola-. Un día de estos se nos muere un niño del susto.

-Eso le pasa a todos los niños desobedientes que no van a la escuela -dijo otra de las personas del grupo.

-Tenemos que ponerle fin a esto, por amor a nuestros niños.

-Pero, cuál fin, si todo esto es un misterio. Además hasta es una buena labor...

-No, pero lo único que falta es que se empiecen a desaparecer los niños -dijo doña Lola.

Al escuchar esto Juanca reaccionó y empezó a gritar:

-Cristian, Cristian...

-¿Qué pasó con Cristian, qué...?

-Él estaba conmigo en el lago -dijo con voz entrecortada.

Todos se miraron y empezaron a pensar en el lago y lo que le habría podido pasar a Cristian. Decidieron emprender la búsqueda. Recorrieron los alrededores del lago con silbidos y gritos, pero la única respuesta era el eco.

Después de un rato, ya exhaustos, regresaron al pueblo. Deberían organizar mejor el grupo de búsqueda. De pronto, alguien llegó diciendo:

-Está donde don Rogelio, vamos allá.

Don Rogelio era el papá de Cristian y el presidente de la junta de padres de familia de la escuela.

-Por favor don Rogelio, casi nos morimos del susto -le dijo alguien.

-Cuando oí los gritos de Juanca corrí hacia el lago. Allí encontré a Cristian desmayado y con algunas heridas leves.

Después del incidente, se corrió el rumor de la necesidad de hacer una reunión de padres de familia para buscar una solución a los sucesos en la Villa.

Horas más tarde, los padres discutían acerca de lo que tenía que pasar con el dragón. Para algunos, lo mejor era que el dragón desapareciera de la Villa.

En otro lugar del pueblo, cerca del lago, don Néstor, el papá de Juanca, encontró entre los arbustos algo que parecía un disfraz. Se trataba de algo muy parecido a lo que los niños describían como el dragón de las siete cabezas.

Don Néstor sintió mucha rabia y se fue decidido a contárselo a la junta de padres de familia. Siempre había querido pertenecer a la junta, pero no se lo habían permitido.

Quienes estaban en la junta escucharon que alguien se acercaba.

-¿Quién es? -preguntó don Rogelio.

-Néstor.

-Déjenlo entrar y de una vez le revelamos nuestro secreto.

Don Néstor entró al recinto y dijo con voz autoritaria:

-Necesito una explicación...

-Don Néstor, esto ha sido necesario. Usted ha visto los resultados. Mi hijo Cristian había estado evadiendo la escuela y necesitaba un sustico. Pero esta vez reconozco que me excedí.

-Tenemos que acabar con esta mentira -exclamó don Néstor.

-Hay que tener mucho cuidado don Néstor, pues sólo lo sabemos los que estamos aquí.

-Sometámoslo a votación -dijo uno de los padres de familia.

La votación fue contundente: la tradición del dragón de las siete cabezas se conservaba a pesar de lo ocurrido.

“Un día de estos yo mismo tendré que matar ese dragón”, pensó don Néstor.

Y luego de mirar a todos los presentes se retiró.

Por un amigo

RUBÉN DARÍO QUICENO J.

Aquel domingo, como siempre, llegué al pueblo. Ya había pasado el puesto del ejército en Tolú y la quebrada de La Esperanza. Al trote de mi potro pasé las primeras casas de aquel pueblecito enclavado en las montañas del sur del Tolima, cerca al río Zuriatá.

Al pasar por la primera cantina, vi a Napoleón que me estaba esperando. Salió apresurado a mi paso y me dijo secamente:

–Mecato, usted la embarró con el Mocho, no se vaya a dejar ver que ese hombre lo mata.

El mocho Azael era un terrateniente muy respetado en esa región. Tenía varias fincas. Napoleón era mayordomo de una de ellas. Yo administraba una finca pequeña de una viuda y le hacía contratos en la hacienda al Mocho. Él era un hombre muy correcto en los negocios. Cada ocho días yo llegaba a su casa y él me daba la plata para pagarle a los trabajadores y comprar la remesa.

Continué a paso lento, pensando en las palabras que me había dicho Napoleón. Cuando llegué a la casa del Mocho, su hermana me estaba esperando para prevenirme:

–Mijo: ¡usted qué hizo! Azael está bebiendo y está muy bravo. Tenga, yo le doy la plata para que pague los

trabajadores y así no tiene que ir a buscarlo. Ojalá que esta semana le pase la rabia y de aquí a ocho días puedan hablar y solucionar este problema.

Le di las gracias a la señora Carlota y seguí más preocupado aún. La señora Carlota era una mujer de unos 55 años que todavía no se había casado. Me dirigí al granero donde compraba la remesa. Mientras me despachaba, el dueño del granero me decía que el Mocho me estimaba mucho, pero que yo la había embarrado feo. En eso llegó el Chato, un muchacho de catorce años, muy activo, que se mantenía pendiente para llevar las bestias a la pesebrera y por ahí derecho pegarse una *chalaneaita*.

–Mecato, ¿usted va a mandar el potro a la pesebrera o se va a ir de una vez para la finca? –me preguntó.

–Llévelo, le da aguamiel y salvao y más tarde me lo trae –le respondí.

–Pilas que el Mocho está tomando –me advirtió antes de irse.

Cuando fui a pagarle a los trabajadores fue lo mismo, todos comentaban mi error con el Mocho. Donde quiera que llegara ese era el comentario. Después de pagarle a los trabajadores y mandar la remesa para la finca, el Chato me trajo el potro. Lo monté y me fui para la zona de tolerancia que quedaba a las afueras del pueblo. Ahí también la comidilla era el problema con el Mocho.

Entré en una cantina, me senté solo en una mesa y mientras tomaba una cerveza comencé a hacer memoria, quise recordar el origen del problema. Todo había empezado en ese mismo lugar, hacía poco más de un año. En esa ocasión llegamos varios amigos, entre ellos Ranaviche, el hijo del Mocho. Su nombre era Gustavo, pero le pusieron ese apodo porque era de esos monos “curso de leche”. En la cantina había varias muchachas bonitas, pero la que más

sobresalía era Jazmín, una hermosa mujer con cara de ángel y cuerpo escultural.

Ranaviche era un muchacho de 26 años enseñado a los avatares del barrio y ducho en vacilar con las mujeres de la vida. Esa vez invitó a Jazmín a la mesa a tomar con él. Lo que parecía una aventura más, se convirtió en una relación seria. A los tres meses estaban viviendo en la hacienda. Jazmín pasó a ser la señora de la casa.

Fue una mujer muy buena con mi esposa y mis hijos. Jazmín decía que mi esposa le había enseñado muchas cosas del campo.

Un día, no sé por qué, Gustavo y Jazmín pelearon y ella se fue. Él quedó muy aburrido, pues la verdad, estaba muy enamorado. El Mocho, por su parte, estaba muy contento. Aunque había permitido que su hijo viviera con “esa mujer”, como la llamaba, nunca estuvo de acuerdo con la relación.

Ranaviche, que durante el tiempo que vivió con Jazmín dejó el trago y se volvió hogareño, regresó a las farrras y se mantenía muy aburrido.

Habían pasado tres meses desde su partida, cuando una tarde llegó a la finca que yo administraba. Estábamos en cosecha, los palos de café caturra estaban coloraditos, llenos de café.

–Don José, deme cogida que yo no quiero volver a trabajar en las cantinas.

A mí me daba pena darle trabajo porque yo todavía la veía como la patrona y, además, Jazmín había sido muy buena con mi familia. Pero ella insistió en trabajar.

Mi esposa le dio la comida y se pusieron a conversar. Entre tanto, yo salí para la hacienda a hablar con Ranaviche. Le conté todo y me dijo que le diera trabajo y que si no hacía nada de todas formas él me pagaba. Yo le dije que no era

por la plata, sino que quería saber su posición acerca del regreso de Jazmín.

A las dos semanas ya se habían reconciliado. Esa era la causa del enojo del Mocho, pues decía que por mi culpa su hijo había regresado con “esa mujer”. Yo era conciente de la situación, sin embargo ya no había nada qué hacer.

Pensé en irme para la finca a pagar los trabajadores con la plata que me había dado la señora Carlota pero, con lo tomado que estaba, me parecía un acto de cobardía. No sé cuánto estuve luchando entre el orgullo y la cordura. De pronto pedí la cuenta, me levanté y caminé hasta donde tenía la bestia. Ya había tomado una decisión: el problema debía resolverse esa misma tarde.

–Mecato, usted está muy tomado, mejor váyase para su casa. Mire que a ese señor todo el mundo le rinde pleite-sía, en cambio a favor suyo no hay nadie –me dijo el cantine-ro antes de montarme en el caballo.

–Lo que ha de ser, que sea –le dije.

Monté en el potro y muy despacio empecé a acercarme a la plaza. El Mocho estaba tomando en la cantina de Luis Sánchez. A pesar de estar tomado, sentía temor de aquel en-cuentro. El Mocho Azael era un hombre de mil batallas que había sobrevivido a la violencia del Quindío, enfrentando a los Pájaros más bravos que había en ese tiempo en Pijao.

Como idiotizado, me iba acercando cada vez más a mi destino. Era muy conciente de la falta que había cometido, de tal manera que los motivos para pelear los tenía él. Antes de llegar a la cantina me encomendé a nuestro Señor y recé la oración a san Miguel. Ya no había vuelta atrás. Cuando menos pensé ya estaba al pie de la mesa donde el Mocho estaba tomando. Entonces me di cuenta que los curiosos no perdían detalle, pues querían ver el desenlace que pre-sagiaba ser fatal.

El Mocho me miró de una forma torva por el licor, pero también noté rabia y tristeza en sus ojos.

-Siéntate, ¿qué vas a tomar?

-Un aguardiente.

-Yo sabía que vos venías, porque vos sos verraco. La fama que traes del Norte del Valle es que no te le mamás a nada, ni a nadie. Por eso te esperé todo el día.

-Yo sólo quiero hablar con usted, porque la verdad usted ha sido como un padre para mí -le dije mientras me sentaba.

Le dio un puño a la mesa y me dijo:

-Y si me estimas tanto, ¿por qué me hiciste esto, por qué?

Antes de contestarle me encomendé al todopoderoso pidiéndole que me protegiera y me diera palabras para exponer mis razones.

-Don Azael, tal vez yo cometí un grave error, pero piense usted por un momento que Gustavo es mi amigo y los amigos se conocen en los momentos difíciles. A él en ese momento ningún amigo lo quiso ayudar por no contrariarlo a usted. Yo soy muy conciente que cometí un error, pero tengo mi conciencia tranquila porque ayudé a mi amigo, que es su hijo.

No sé que más le dije, pero cuando terminé me di cuenta que el Mocho, que era tan bravo para pelear, también era un caballero a carta cabal. Escuchaba muy atento y reflexionaba. De pronto levantó la cabeza y miró a su alrededor. De lo único que estaba seguro era que si el Mocho me iba a matar, no sería a traición. Él me invitaría a pelear y lo que menos quería era pelear con el papá de mi amigo.

Los curiosos seguían esperando el desenlace de una tragedia anunciada. Él miró el grupo con ironía y les dijo:

–Parranda de hijuetantas, arrodillados, están esperando que Mecato y yo nos matemos. Pues se equivocaron porque este muchacho que tiene la misma edad de mi hijo les ha dado una lección y me la ha dado a mí, pues demostró ser un gran amigo y no le importó mi reacción por ayudar a mi muchacho. ¡Ojalá yo tuviera un amigo así!

Relato de vida

RUBÉN DARÍO QUICENO J.

Desde que tengo uso de razón, mis primeros recuerdos son de la ciudad de Cali, la Sultana del Valle.

A esta ciudad llegamos huyendo de la violencia que azotaba al país. Por eso, para mí, era una experiencia fuera de serie salir de aquella ciudad donde había vivido toda mi niñez para ir a parar a las selvas del Paujil, Caquetá, donde vivía mi única hermana. Ella se había casado con un hombre que también era campesino y decidieron irse a colonizar esas tierras que, en el año 62, eran casi vírgenes.

Mi hermana fue a visitarnos a Cali y me llevó con ella en octubre del 63. Vivían a ocho horas del pueblo, hacia la parte alta. Era selva virgen y ellos eran los únicos que vivían por esa trocha.

Desde el momento que dejamos las últimas mejoras cultivadas para internarnos en la selva, me sentí maravillado de ver la majestuosidad de la jungla. Jamás había visto árboles tan grandes y tanta fauna silvestre: las manadas de micos nos aturdían con sus chillidos y bandadas de guacamayas pintaban de colores las copas de los árboles; veíamos culebras, cusumbos y oíamos el rugir de osos.

Cuando llegamos donde vivían mi hermana y su esposo, pude ver un derribado de unas diez hectáreas, algo

insignificante en la gran selva. El rancho era una especie de quiosco con techo de palma y cielo raso. Abajo sólo estaba una hornilla que él había fabricado para que mi hermana no tuviera que cocinar en el suelo, como lo hacían la mayoría de las mujeres.

Mi cuñado tenía un trabajador a dos horas, selva adentro. Entonces, me iba con él a ayudarlo dizque a socolar (cortar la maleza que se podía con la peinilla). Un día él me preguntó si yo era capaz de devolverme solo para que le ayudara a mi hermana a entrar un maíz que estaban secando. Yo de una le dije que sí.

Ese día nos fuimos para el trabajador. Yo iba muy pendiente de la trocha, pues donde la selva está virgen casi no nace maleza pequeña, de tal manera que en el piso sólo hay hojarasca y casi no queda huella del camino. Cuando estábamos trabajando, mi cuñado me dijo que la quebrada grande que habíamos cruzado era la misma que pasaba por el rancho. Al llegar la hora me despedí de él y emprendí el camino a casa. Pasé dos quebradas y al llegar a la grande me desvestí y me puse a bañarme. Entonces pensé que si esa era la quebrada que pasaba por el rancho, yo me podía ir quebrada arriba. Así lo hice y cuando llevaba unas tres horas caminando, caí en la cuenta que había otra quebrada más grande, o sea, iba por donde no era. Entonces cometí una torpeza más grande aún: me salí, dizque para echar travesía, y ahí fue donde quedé más perdido que el hijo de Lindbergh.

Cuando fui consciente de la realidad, empecé a llamar y a llorar. Recordé las aventuras de Tarzán que leía en Cali y cuando fue llegando la noche, con la peinilla, corté unas hojas de platanilla e hice una especie de rancho. Me acosté y como estaba tan cansado dormí como un lirón. Cuando desperté, una esplendorosa luna brillaba en el firmamento.

Me arrodillé y le pedí a Dios que me ayudara a salir de ese lugar. Fue una aventura que, si comentara todo detalladamente, daría para rato. Esta fue mi primera gran aventura, cinco días después de cumplir diez años.





Esta obra libre
editada por Tragaluz editores
para el Ministerio de Cultura de Colombia
se terminó de imprimir en septiembre de 2010.
Medellín, Colombia.